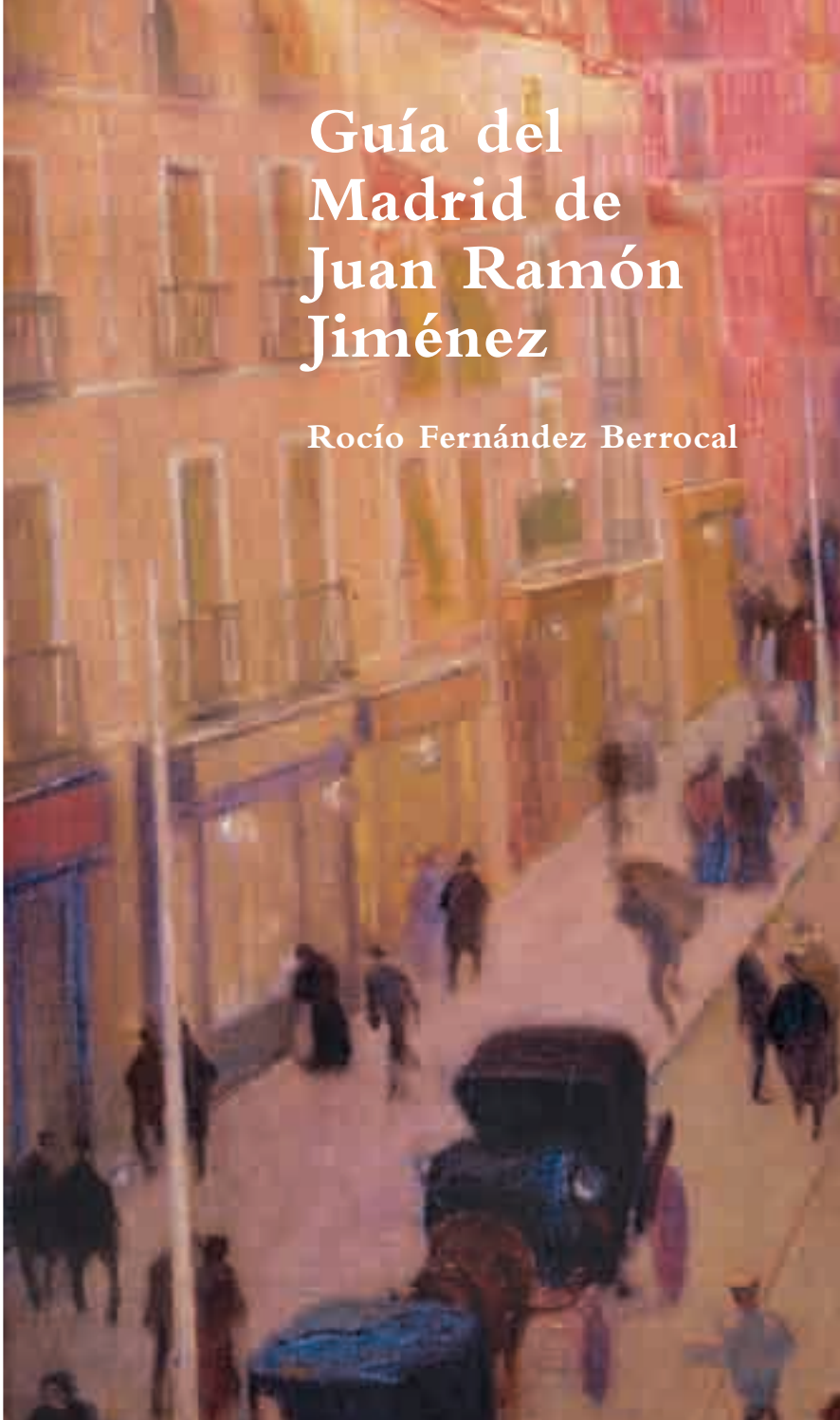
Biblioteca Madrileña de Bolsillo GUÍAS CULTURALES

Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez

Rocío Fernández Berrocal



Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez

Juan Ramón Jiménez, 1913

Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez

ROCÍO FERNÁNDEZ BERROCAL

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Comunidad de Madrid

Consejero de Educación
Excmo. Sr. D. Luis Peral Guerra
Viceconsejera de Educación
Ilma. Sra. Dña. Carmen González Fernández
Secretario General Técnico
Ilmo. Sr. D. Gerardo Ravassa Checa

Área de Publicaciones
Esther Touza Fernández, Javier Fernández Delgado, Gema Recuero Melguizo, Mari Cruz Sombrero Gómez, Eulalia Gutiérrez Pleite, Paloma Montes López, Ana Almarza Jiménez, Inmaculada Hernández Gómez

Dirección literaria
Miguel García-Posada Huelia

Preimpresión e Impresión
Ibersaf Industrial, S. L.

ISBN: 978-84-451-2917-1
Depósito Legal: M-49240-2006
Tirada: 2.000 ejemplares
Edición: 05/2007

© Comunidad de Madrid. Consejería de Educación. Secretaría General Técnica, 2007
Alcalá, 32 – 28014 Madrid. Tel.: 917 200 564. www.madrid.org/edupubli

© María del Rocío Fernández Berrocal

© Herederos de Juan Ramón Jiménez

De las ilustraciones:
© Cartografía actual, Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid
© Colección Documadrid
(Reyes García Valcárcel, Ana María Écija, Soledad Valcárcel, Diana Pujol y Ángel M. García)
© Colección Herederos de Juan Ramón Jiménez
© Archivo ABC. Madrid
© Archivo Residencia de Estudiantes. Madrid
© Museo Néstor. Las Palmas de Gran Canaria

◂ *Cubierta:* Calle Mayor de Madrid, 1904, de Néstor Martín-Fernández de la Torre

Se han realizado todos los esfuerzos conducentes a la localización de autores y herederos para el abono de los derechos de autor. En algún caso no ha sido posible dicha localización. La Comunidad de Madrid reconoce en cualquier caso la existencia de los citados derechos de autor.

Impreso en España - Printed in Spain

Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Agradecemos a Carmen Hernández-Pinzón, representante de la Familia y Herederos de Juan Ramón Jiménez, su amable colaboración.

En la transcripción de los textos respetamos la peculiar ortografía de JRJ, como es tradición en el mundo editorial español. Escribimos, pues, con jota las palabras con este sonido *(nostaljia)*, ponemos ese donde la ortografía académica pide equis *(estraño)* y *ye-* donde suele escribirse *hie-(yelo)*.

Aquel chopo de luz me lo decía en Madrid, contra el aire turquesa del otoño: «Termínate en ti mismo como yo».

J. R. J.

ÍNDICE

EL MADRID DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ ... 13

1. UN NUEVO POETA EN EL MADRID DE LA BOHEMIA ... 25

2. RECORRIDOS POR EL MADRID MODERNISTA ... 35

3. PAISAJE HUMANO Y PAISAJE NATURAL ... 49

4. LA COLINA DE LOS CHOPOS ... 85

5. ZENOBIA... ... 97

6. PASEOS POR MADRID ... 111

EPÍLOGO ... 119

APÉNDICES

Una topografía del Madrid de Juan Ramón Jiménez ... 125
Cuestiones didácticas ... 131
Rutas del Madrid de Juan Ramón Jiménez ... 133
Bibliografía ... 135

Índice de nombres ... 137
Índice de ilustraciones ... 141
Títulos publicados ... 150

EL MADRID DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Por avatares del destino el gran poeta español (Moguer, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958) hizo numerosos viajes, lo que le ofreció la posibilidad de conocer ciudades muy diferentes:

Jardines de la Residencia

Juan Ramón en el parque madrileño del Retiro, 1934

> Mi vida fue salto, revolución, naufragio permanentes: Moguer, Puerto de Santa María, Sevilla, Moguer, Francia, Madrid, Moguer, América. Y en América, Nueva York, Puerto Rico, Cuba, la Florida, Washington, la Argentina, Puerto Rico, Maryland, Puerto Rico...

De todos estos lugares Madrid es la ciudad en la que permaneció más tiempo, desde 1900 hasta 1936, y donde vivió su plena madurez personal y literaria. Su actitud –que él definió como de «azotea abierta»– rompe con el tópico del poeta aislado en su «torre de marfil»:

Esto lo debo a (...) haber vivido mucho en ciudades y haber viajado bastante. Y aunque tanto se ha dicho de mi torre de marfil, yo siempre me reí de ella y hace ya mucho tiempo que dije, como definición estética mía «azotea abierta». Alto y para todos.

Contemplar y crear eran las ocupaciones que llenaban su vida:

Yo quiero parar, clavar los ojos en las cosas, verlas a ellas; pero las traspaso sin querer, son sólo un cristal para mí, les veo lo de detrás ¡ay! a través de ellas;
Si no veo el paisaje, el paisaje no existe;
No me enriquezco leyendo sino viendo, oyendo;
Me gusta la vida real con la armonía de lo misterioso trascendente en los ojos. La mirada (...)

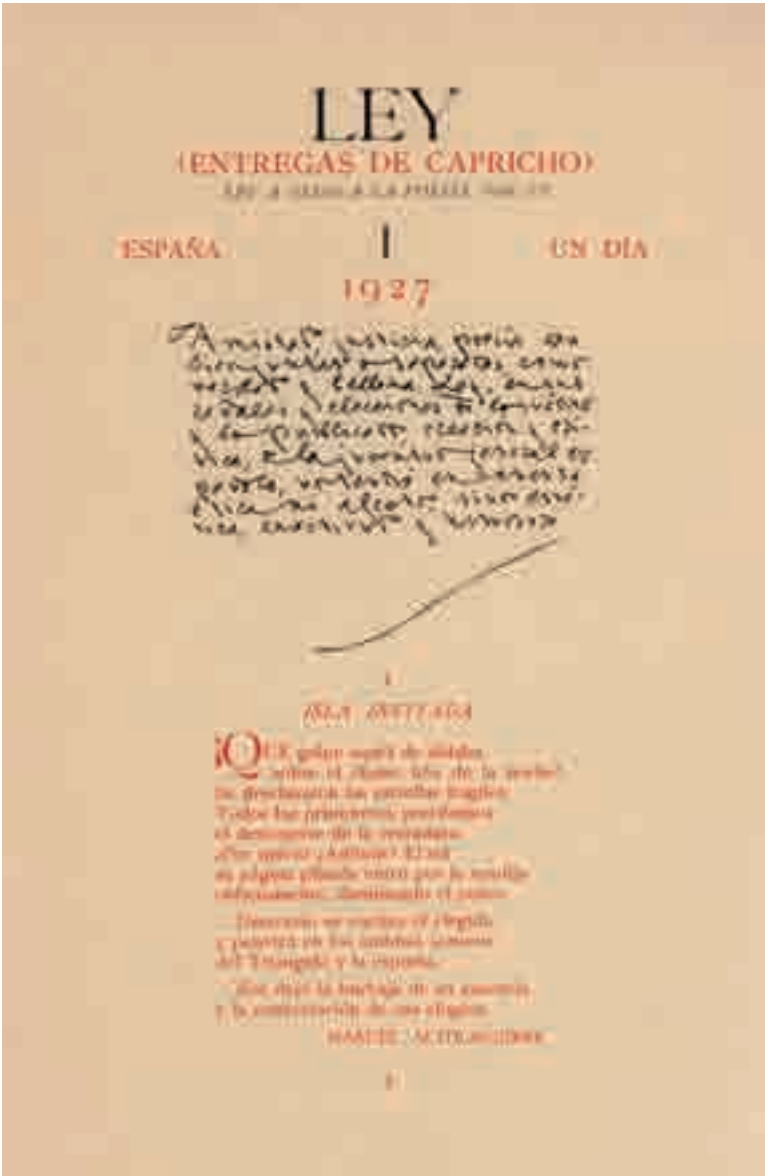
En uno de los textos de *Libros de Madrid* el poeta se definió como «el paseante mejor»:

Somos completamente esteriores, naturalísimos, ¡y qué contentos de serlo!

Se consideró «un (...) hombre de la polis, de la ciudad», a quien, sin embargo, le agradaba el recogimiento:

Mi vida ha sido siempre dulce y aislada. Se puede decir que no he vivido nunca en las calles.

En Madrid combinará su necesidad de aislamiento y de soledad con su afán por contemplar y profundizar en los distintos ambientes madrileños, en sus paisajes, jardines y habitantes, que reflejará en buena parte de su obra, mostrándonos sus más diversos registros literarios como cronista, poeta, narrador y retratista.


LEY

(ENTREGAS DE CAPRICHO)

ESPAÑA 1 UN DIA

1927

Primer número de la revista *Ley (Entregas de Capricho)*, 1927, editada por Juan Ramón en Madrid

Cubierta de la primera edición completa de *Platero y yo,* en 1917

El Madrid de 1900 que recibe a Juan Ramón Jiménez se despereza de la crisis del 98 y se libera en arte a través del Modernismo, movimiento que el poeta definió como «de apertura y libertad hacia la belleza». Ese Madrid de principios de siglo congrega a un nutrido número de importantes escritores en los albores del siglo XX: Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Rueda, Villaespesa, Ortega y Gasset, Gabriel Miró, los hermanos Machado…, entre los que se alza la figura del sumo pontífice de las letras del momento, Rubén Darío, muy admirado y querido por Juan Ramón Jiménez, que reúne a todos los que conviven en la capital madrileña dedicados a elevar «la poesía de nuestra lengua a la cima de

Postal de la Residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos

la felicidad». El moguereño se unió pronto al grupo fascinado por el amplio abanico de oportunidades que la ciudad le brindaba: nuevas amistades, proyectos literarios y editoriales, contactos importantes, acceso a revistas y periódicos…

Madrid representó su definitivo despegue literario, porque fue el escenario donde desarrolló y publicó la mayor parte de su obra.

Fue en la capital española donde alcanzó su madurez personal y literaria, con libros como *Estío* y *Diario de un poeta recién casado*. Allí encontró cuanto necesitaba: librerías, imprentas, amistades, tertulias de intelectuales, teatros, conciertos… Madrid y Barcelona eran los dos grandes centros editoriales en España, algo que Juan Ramón Jiménez tenía presente.

Llegó a Madrid en 1900 y vivió en la capital en diferentes domicilios (calles Mayor, Conde de Aranda, General Oraá, Príncipe de Vergara, Gravina, Villanueva, Residencia de Estudiantes, Lista,

Velázquez, Padilla), con intervalos de estancias en Francia y en Moguer y viajes por España hasta que estalló la Guerra Civil.

En Madrid buscaba los espacios naturales, de ahí que le gustaran los jardines del Sanatorio del Rosario y que visitara con frecuencia El Retiro; de él fue la idea de plantar más de 3.000 chopos en los jardines de la Residencia de Estudiantes, a la que llamó «la Colina de los Chopos». Desde el 98 se exaltaba, con ecos del Romanticismo, la idea del paisaje, con alma tan vinculada con el pensamiento krausista y la filosofía institucionista que Juan Ramón Jiménez siguió en la ciudad. A Guerrero Ruiz le comentó este deseo de estar cerca de parajes verdes:

> Me dijo que (...) necesitaba vivir entre árboles, pues él ha sido siempre un hombre de naturaleza, acostumbrado a vivir en el campo, y entonces las calles de Madrid, sin árboles, le produjeron verdadero espanto, eran algo trágico para él.

El escritor llegó a manifestar en un momento que Madrid era «frío y pobre de flores, de verdor perenne»; no obstante, paseaba gustoso prácticamente a diario por sus calles, primero con Villaespesa, el doctor Simarro, Giner de los Ríos y el doctor Sandoval y, posteriormente, con Zenobia y Guerrero Ruiz, unas veces a pie y, otras, en el Ford que su esposa conducía recorriendo sitios como El Retiro, el Paseo del Prado, Recoletos, la Castellana –donde vivía Zenobia antes de casarse–, Goya, Serrano, Velázquez, calle de Alcalá, Príncipe de Vergara, El Pardo, la Casa de Campo… Se acercaban siempre a las vistas que Madrid ofrecía de la Sierra de Guadarrama y exploraban nuevas zonas, algo que le gustaba especialmente al poeta: el Puente de los Franceses, la carretera de Castilla, la Ciudad Universitaria, las nuevas colonias de El Viso…

Juan Ramón, 1900

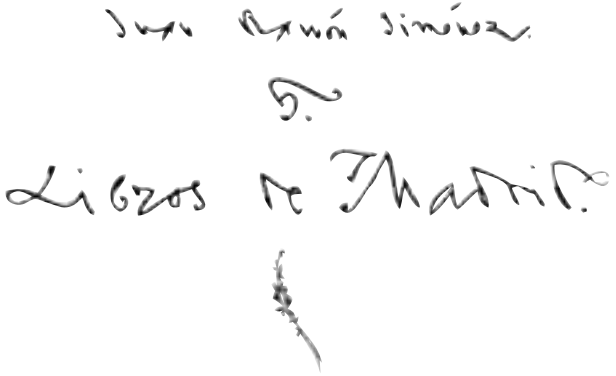
En Madrid Juan Ramón Jiménez buscó el silencio anhelado para su creación literaria; fueron legendarias sus rarezas en pos de esa soledad personal y creadora. En la capital se realizará como escritor, editor y dinamizador de la vida cultural madrileña, promoviendo publicaciones y revistas y ayudando a los nuevos escritores, irá a votar –fallidamente– por primera vez, sufrirá los comienzos de la enfermedad de Zenobia, sus filias y fobias con los escritores del 27, y manifestará su compromiso social al ayudar junto con su esposa a niños huérfanos de la Guerra Civil.

Juan Ramón Jiménez escribió sobre Madrid –casi siempre en prosa– textos que muestran las vivencias de sus años madrileños y que ofrecen, también, una visión del entorno donde la naturaleza ocupa un lugar relevante. Son escritos descriptivos de carácter reflexivo, crítico y contemplativo, nada casticistas sino estilizados, que proyectan una visión universal, depurada y quintaesenciada en la que el escritor se identifica con una naturaleza viva, en movimiento.

Contamos con un volumen titulado *Libros de Madrid: Madrid posible e imposible, Sanatorio del retraído, Soledades madrileñas, Disciplina y oasis* y *Figuraciones*. Es un libro autobiográfico, una obra miscelánea de ideas contrapuestas y complementarias –pues acoge textos de diferentes proyectos y distintas épocas–, con ideología krausista e institucionista y orteguiana que el autor define como «libro madrileño». Está compuesto por prosas de tono lírico y pinceladas impresionistas, en las que Juan Ramón Jiménez nos ofrece su visión personal del Madrid de la época recogiendo sus experiencias espirituales –paisajes, personas, horas íntimas– que proyecta sobre la vida española del momento.

Juan Ramón Jiménez distingue en *Libros de Madrid* entre un «Madrid posible», el ideal, el Madrid monumental de la época de Carlos III, el del Sanatorio, la Residencia de Estudiantes... y un «Madrid imposible», el decadente, viejo y descuidado, con casas de mal aspecto y gente estrafalaria y triste del que, literalmente, le desagrada «la fealdad, la miseria, la incomodidad de la vida en España, la casa, la calle, la ciudad, etc. Ruidos, olores, gritos, luces, etc.». Escribe del «Madrid viejo»: «Las casas parecen un amontonamiento de viejos pianos y raídos cofres de piel de vaca». Le gustaba pararse a hablar con la gente de diferentes oficios y escuchar sus historias y proyectos personales:

Yo era torero de marfil (...) porque no iba a los corros del café, de la revista, del casino, del teatro, de la casa de prostitución. No, no iba: no iba porque iba al campo y me paraba con el pastor o la lavandera; al taller y hablaba con el impresor, el encuadernador, el grabador, el papelero (...), a la plaza (mis queridas plazas de (...) Madrid, de donde fuera), en cuyos bancos conocí a tanta jente mejor (...) con tantas historias y tantos sueños.



Caricatura de Juan Ramón, por Vázquez Díaz, y autógrafo de la portada de la obra *Libros de Madrid*

Durante los más de treinta años que permaneció en Madrid la ciudad le resultó una residencia grata y confortable, y fue plenamente consciente de todo lo que le aportaba la capital. Muchos de los aspectos positivos y gratificantes los dejó escritos en textos como «Actualidad y futuro», de *Libros de Madrid:*

> En este libro quiero dejar en pie al Madrid eterno, lo bueno y bello de antes y de hoy... y un poco de lo de mañana. Toco poco de lo odiado. Y cuando lo roce será para echarlo, con el odio o con la compasión, a lo aislado o lo muerto.

Presentamos aquí los cuadros que componen el Madrid de Juan Ramón Jiménez partiendo del propio testimonio del poeta sobre sus impresiones de la ciudad e ilustrando el contenido biográfico con textos del escritor, en los que muestra el Madrid monumental, el «posible» y el «imposible», el de sus soledades y el de sus multitudes, el de sus paisajes geográficos y humanos, el poético y el prosaico, que siempre trasciende con su aguda mirada y su personal estilo literario.

1
UN NUEVO POETA EN EL MADRID DE LA BOHEMIA

Juan Ramón empezó a publicar sus escritos en Sevilla, adonde había ido a estudiar Derecho y Pintura, tareas que abandonó pronto al descubrir a Bécquer y comenzar a escribir y recibir los primeros reconocimientos como escritor. En esta

Juan Ramón, hacia 1900

Ricardo Rubio, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío

etapa de estudiante había tenido contacto con instituciones culturales como el Ateneo sevillano, donde se había puesto al día de las innovaciones modernistas que por entonces se daban en Madrid. Desde Sevilla había ejercido incluso de corresponsal de poetas que luego conocería en la capital, como Francisco Villaespesa y Salvador Rueda.

Juan Ramón anhelaba probar suerte en la gran ciudad, y el joven escritor, con bigote fino y porte impecable –macferlán gris y bombín negro–, decide ir a Madrid:

> Mi adolescencia cayó en tentación... y vine a Madrid; por primera vez, en abril de 1900, con mis diez y ocho años y una honda melancolía de primavera.

Llega el día 13 de abril de 1900 (Viernes Santo) invitado por el escritor Francisco Villaespesa, quien anteriormente le ha-

Jacinto Benavente

bía enviado revistas hispanoamericanas con versos de todos los poetas del momento a través de una tarjeta postal en la que le llamaba «hermano», firmada también –para su sorpresa– por Rubén Darío, que se había instalado hacía poco en la capital como corresponsal de prensa, animándolo «a luchar por el Modernismo». Juan Ramón muestra el entusiasmo y el gozo que sintió al leer la invitación:

> Recibí una postal de Francisco Villaespesa, que ya me había mandado su librito *Luchas* (...). Me consideraba en

Fachada de la casa del número 16 de la calle Conde de Aranda, en la que Zenobia Camprubí y Juan Ramón vivieron desde julio de 1916 hasta agosto de 1921

todo momento un «luchador», la poesía era para él una lucha. Y la tarjeta venía también firmada por Rubén Darío. ¡Rubén Darío!

Esa misma tarde pudo conocer al escritor nicaragüense, a Jacinto Benavente y a Ramón María del Valle-Inclán. El propio escritor nos resume sus residencias en la capital madrileña:

> De soltero viví en Mayor, 16; Gravina, 11; Villanueva, 3 y en las Residencias de Estudiantes de Fortuny y los Altos del Hipódromo (...); Conde Aranda, 16; Lista, 8; Velázquez, 96 y Padilla, 38.

Juan Ramón habla de su primer paradero madrileño –lleno de viajantes y toreros– en uno de los *Libros de Madrid:*

> Primer Madrid, sin patria aún. Frente a mi casa hay una fonda. Es de Jesús, el madrileño. La fonda está deco-

Calle Lista, 8

rada con estampas de «La Lidia» y «El Motín». Jesús, bajito y colorado, morado, entra y sale, ahogándose, con una mano metida en el chaleco, sobre el pecho. Tiene una hija, ya mujer, de quien dicen todos que es muy agraciada –yo sólo veo que se ríe siempre– que a veces viene a mi casa, y se llama Carmen. Carmen Díaz.

A veces llegan a la fonda, en el coche, viajantes de comercio, que salen por la tarde a la puerta, con la barba de diez días; y toreros, que se asoman al balcón de en medio, entre la admiración general y el estupor mío, vestidos de colores, plata y oro, con el sol de las tres.

Azorín

Un día vino a la fonda un ciclista. Estuvo un mes –dicen– en Moguer. Era un hombre joven y alto, que nos admiraba. Iba y venía en su bicicleta a la Ribera. Y al anochecer, la bicicleta estaba siempre en el zaguán, sobre las losas de mármol blanco y negro.

Tras un borroso cuento que no entiendo, oigo aquí y allá que Carmen Díaz se ha ido a Madrid con el joven de la bicicleta. Entonces Madrid se parece en mi sueño, como un Moguer mayor, con muchas torres, lejano, inasequible, misterioso, vacío, digo, con toreros y anarquistas, y en una fonda de una calle muy grande, Carmen Díaz.

Esa misma noche va a su primera tertulia modernista donde lee su libro *Nubes,* que él definió como «sentimental, colorista, anarquista y modernista». Juan Ramón sigue la intensa actividad intelectual que le brinda Villaespesa, cuatro años mayor que él, que se convierte en su mentor y lo introduce en los cenáculos literarios modernistas. El moguereño iba a su casa hasta tres y cuatro veces al día:

En casa de Villaespesa leíamos, cantábamos, gritábamos, discutíamos. Elisa, su leve esposa, un nardo inadvertido, tocaba mediadora el piano (...). Recitábamos (...) un verso de Rubén Darío, de Bécquer (...). Escribía (...) febrilmente, ordenaba mis versos y entraba en muchas imprentas (...).

Villaespesa me pidió que le leyera en el acto mis versos; y sin preocuparme de otra cosa, sin ver ya nada ni a nadie, entramos en el café (...), y allí, le leí todos mis versos (...). Cuando quise almorzar, cené.

Visitan los poetas con frecuencia a Rubén Darío en su piso bajo de la calle del Marqués de Santa Ana, 29 (muy cerca de donde vivía Villaespesa, la calle Pez), donde el nicara-

Valle Inclán ante la librería Pueyo

güense convivía con su amante Francisca Sánchez. Acude a recitales y a cafés literarios con Villaespesa y conoce a escritores como Gregorio y María Martínez Sierra, Azorín, Pío Baroja… Frecuenta las tertulias del café de Valle-Inclán, en la calle de Alcalá, las de Benavente en «Lion d´Or» –también en Alcalá– y «El Gato Negro», y la de Rubén Darío en el café «Pidoux», en la calle del Príncipe, cerca de donde José de Espronceda celebraba las tertulias de «El Parnasillo». Juan Ramón Jiménez lo recuerda así:

> Madrid. Rubén Darío, de copa alta y levita, en casa de Pidoux. Villaespesa, Valle-Inclán, Ricardo Baroja, ¡yo!... Valle leía –con la «z»– «Cosas del Cid», que yo ya conocía. Alrededor de Rubén –licores selectos– se reunían, grupo tras grupo, estraños entes españoles, hispanoamericanos, franceses, despatriados.
>
> Casa de Pidoux, bebidas, calle del Príncipe. Un cuarto estrecho, largo, hondo, con una larga y estrecha mesa de despintado pino sobre la que se vierte melancólica luz una mosqueada bombilla sin pantalla. La mesa no deja sitio para las sillas de clase y tamaños distintos, ni, es claro, para las personas, que se acomodan como pueden (...). Lo único bueno, al parecer, es el alcohol en sus múltiples destilaciones y etiquetas. Rubén Darío pide uno y otro «whisky con soda», coñac Martel «Tríos Etoiles». Personajes todos sin duda; pero yo sólo me fijo en Rubén Darío, que oye estático, y en Valle-Inclán, que recita... Dispersión de españoles e hispanoamericanos en la puerta de Pidoux. Vendaval, vuelo de ropas y sombreros, inclinación de cuerpos. Valle me coje del brazo y me habla, ya en la plena noche fría, limpia y estrellada... Vamos a un café de mesas de hierro y mármol, helado, duro, sonoro, también incómodo, calle de Alcalá, casa de Candela, tal vez (...).

Juan Ramón no congenió con la bohemia madrileña de por entonces, cuyas aficiones y tertulias le desagradaban: prefería las tertulias más íntimas en casas de sus amigos a los locales públicos.

Me aburren mis compañeros. Prefiero gente estraña que me hable de otras cosas. Detesto la calle de Carretas, de la Montera, de Silva, de Jacometrezo.

Además: detesto la cerveza, no me gusta el café, me fastidia el tabaco, no leo diarios, no sé de toros, de militares.

2
RECORRIDOS POR EL MADRID MODERNISTA

La arquitectura y la ciudad en las distintas estaciones

Diariamente, desde el primer día de su llegada a Madrid y siempre a la misma hora, Villaespesa saca a pasear al joven poeta por Madrid, sobre todo por la zona de Moncloa. Lo lleva a las imprentas, plazas, museos, jardines, fábricas, cementerios e iglesias de la ciudad. Comían y bebían «a cualquier

El Retiro en otoño, con el monumento al general Martínez Campos al fondo

Palacio de El Pardo

hora, en cualquier sitio, cualquier cosa» y se retiraban a las cuatro de la mañana para volver a levantarse a las ocho. Lo recuerda así Juan Ramón:

> Cojidos de una idea súbita, locos sucesivos, andábamos y desandábamos las calles, las iglesias, los paseos, las fábricas, los cementerios, recitando versos, cantando, hablando alto.

Se sentían, según afirmó, como «dioses». Poco a poco el escritor se va fijando en la fisonomía de la ciudad que después reflejará en sus escritos, donde plasmará un Madrid caleidoscópico, el de hierro y granito, el verde y el blanco, el oscuro y el luminoso, el monumental y el urbano, mostrando su punto de vista sobre la arquitectura:

> ¡Ay, este Madrid bajo, tendido, abierto al bello cielo suyo, este Madrid de ladrillo rojo, en granito y bajo, ciprés de la letra romana que pudo ser!
>
> Reconstruidlo. Dejad sólo el Botánico, el Museo del Prado, el Palacio de Villahermosa, el Ministerio de Hacienda, el del Estado, la Academia de San Fernando,

el Ayuntamiento, Neptuno..., la casita del Príncipe, del Pardo, la baranda del estanque del Retiro, la Puerta de Alcalá, de Toledo, las cuatro fuentes del Prado, la de Apolo...

Sobre estas fuentes, escribe:

> Una contra el Botánico, cipreses y ramazón seca verdosa, con su surtidor de légamo mojado, cobre, oro y verde; un monumento a Gaston la Touche.
>
> Bajo la arboleda gris y cobre –la perenidad de la hoja que no se seca, que no se muere– se ve el cielo blanco y las fachadas ocres, en la incolora sequedad del momento. Apolo desnudo parece que se desnuda más, que se desnuda el alma.

El ladrillo rojo y el granito predominan en las construcciones madrileñas. Llama al primero «ladrillo malo» y menciona el granito cuando habla de uno de sus lugares preferidos de la capital, «La Casita del Príncipe, en El Pardo»:

> En los días nublados de polvo y viento, se ve mejor –peor– esta miseria. Moles espantables –conventos, colejios de frailes, conventos, colejios de monjas, conventos– de este ladrillo basto, ocre, sucio, lujo último del adobe sucio de La Mancha.
>
> Modelo de esta arquitectura baja y generosa que debió ser Madrid. Ladrillo y granito.

El hierro también define las construcciones de la capital, que relaciona con la «fuerza de Carlos III», con el pasado histórico:

> Madrid debió de ser siempre de hierro (...). Y dentro y fuera, en fraternal cadena, todo hierro.

Vista de la Estación del Norte en la época

Le llama la atención el obelisco del Prado y habla del «dramatismo» de El Pardo, que vincula a los reyes de Madrid:

> Contra el macizo negro y plata de Guadarrama, que asoma imponente, mina de hierro (...).
>
> El dramatismo de El Pardo no es nada ascético (...). Su trájico es sano, su fatídico es saludable y con quien debiera concertar, mejor que con Felipe II, Felipe IV y Carlos IV, es con Carlos III (...), con su Guadarrama de hierro y lata, sus encinas de hierro y fecundidad y su sueño de hierro y vida.

Piensa que la arquitectura madrileña ha perdido armonía espiritual:

El Pardo

La arquitectura del Madrid de hoy ha perdido el arraigo, la fuerza, con la ausencia total de su armonía natural y su belleza propia. Es una muestra evidente de decadencia total.

Toda la labor arquitectónica es igualmente endeble: la forja, la talla, la papelería, la imprenta, la encuadernación; todo lo general, lo que expresión de una época colectiva. Lo que hay que de valor es aún arquitectura ideal, palacio de puesta de sol sobre la nada.

Casa en La Guindalera

> Hay que ir a todo, que demoler, que pelearse, que conquistar lo perdido en nosotros mismos, carne y alma; ciencia, arte, industria –Belleza, Armonía, Paz–, arquitectura espiritual de España, menos visible que la otra, la de calles y plazas.
>
> Lo mejor de España se puede hacer dentro de casa, con materiales de sangre y fuego, en el silencio pleno de la frente y el corazón cargados.

Es consciente de que el paisaje descuidado y feo puede «agriar» la vida y la «visión armoniosa». Le gustan las casas de calles como Almagro, Caracas, Miguel Ángel y Fortuny:

> Si la arquitectura nueva respondiese a la posible y varia belleza natural de color y luz, este Madrid de nuestros años pudiera ser una ciudad deleitable. Desde dentro de muchas casas, de muchas calles –Almagro, Caracas, Miguel Ángel, Fortuny–, ¡qué bellos aspectos de línea, de hora, de paz, de nubes, de bienestar! (...).

Paseo de Recoletos

(...) No se sabe dónde vivir. Los que pueden hacer casas, ¡qué casas hacen! Los que no pueden, ¡en qué casas tienen que vivir! Y se agria la vida, tan fácil de ser buena y llevadera desde un orden sencillo, sobre una visión armoniosa, donde pueda uno, en paz por fuera, desordenarse, como un fuego, por dentro, en el día eterno de cada día español.

El escritor repara en múltiples detalles de la ciudad; se fija, por ejemplo, en la abundancia de pararrayos a los que llama, junto con las chimeneas, «el jardín alto de Madrid»:

No conozco ciudad alguna donde sea tan evidente, como en Madrid, la existencia de pararrayos. Sobre cualquier cielo bello del naciente, del norte, del sur, del ocaso, sobre el sol grana, la luna oro o rosa, bajo cualquier estrella, los pararrayos son, con las chimeneas, el jardín alto de Madrid. ¡Buena contribución la del rayo!

Finales del otoño en el Retiro

El clima cambia el paisaje, porque la diferente intensidad de la luz pinta nuevos cuadros. La nieve, novedad para él, andaluz de nacimiento, altera los escenarios:

> Nieve. Madrid blanco y negro, con los tejados hechos cielo, y las fachadas cimientos –se diría que, en el deshielo, no va a quedar más que una estepa, como un librote en blanco, abierto.

Damas con sombrilla en el Hipódromo

En las tardes grises, de viento y llovizna, parece (el Palacio Real) un enorme fósil, blanco, calizo y despicado contra el gran cielo gris.

En «Apunte de invierno en La Castellana» escribe:

En el fondo –gris, verdoso y oro– de ramajes secos con sol –troncos y sombras de troncos enlazados–, los colores vivos –rojo, azul, verde, amarillo, morado– y las risas sanas tapan el frío a las carnes fuertes y débiles.

Las carnes vienen y van, cerradas, guardadas para luego. No hay dentro en este instante. La capa esterior lo anula todo y es la vida.

Explanada de la Estación del Norte

La primavera opera en el poeta una iluminación instantánea de su alma, que alegra y anima la visión de la ciudad:

> El cielo gris de estos días de llovizna se ha derrumbado el fin, uno, en catarata; y la tarde pura, el cenit, es una inmensa claraboya de luz, de viento, de alegría, de gloria.
>
> Todos renuevan lo que tienen: el pobre, su esperanza; el soñador, su afán; el rico, su fortuna; el enamorado, su amor. Y su amor, fortuna, afán y esperanza ríen, en rueda palpitante, cantan y suspiran, los ojos arriba, saltando el corazón fuera del cuerpo.
>
> Los monumentos de Madrid –la Cibeles, el Obelisco del Prado, la Puerta de Alcalá– parece que conmemoran, en la bella tarde intermitente, hecha eternidad, de cada uno, en la hora que parece eterna. Se anima el granito y

se exalta, firmemente humano, contra los lampos amarillos, granas, violetas, de oro, de los cuatro cielos.

Como buen romántico de espíritu, el otoño guarda para él mucho encanto:

En setiembre las frondas, aún si oro y ya sin sol cegador, pueden contemplarse largamente en toda su hermosura. Parecen monumentos naturales, que empiezan, solos, a levantarse para la ceremonia del otoño, en memoria de la juventud del año.

¡Qué nítidamente todavía y en su sitio destacan sus formas redondas, formes, como los culos y las tetas de mujeres de otoño sobre el terso azul claro del cielo ya delgado y depurado, fondo último del placer pleno!

En el difuso y fino ramaje gris de La Castellana, que algún pino contajia de fuerte negro, redondo verdor, quedan aún, aquí y allá, obstinadamente prendidas, grandes hojas secas de plátano, que el sol difícil de la una, abriéndose y cerrándose entre los rotos cristales esmerilados del cielo, enciende en irisado oro o apaga en amarillo limpio.

Algunos niños, azules ya las tersas mejillas, con bufandas, boinas, polainas y guantes, la cartera a la espalda, van trotando –eses y ángulos por bancos y árboles– al colejio (...).

Viene, lenta, por el paseo de losas, casi desierto ya a esta hora de comer de los demás, una bella mujer ruinosamente opulenta y delicada, blanquísima en su total vestido de terciopelo negro. Se detiene un momento, saca un breve espejito y se mira. Anda de nuevo, muy despacio; vacila; vuelve al sur revuelto los leonados ojos radiantes... Saca otra vez el espejito y se mira...

La Estación del Norte en un plano de la época

Tras la marcha de Rubén Darío a París como corresponsal de *La Nación* para cubrir la Exposición Universal de ese año, Juan Ramón Jiménez se cansó de la capital y de su bohemia y se fue a Moguer en mayo de 1900, dejando al cuidado de Villaespesa la publicación de sus libros. Lo recuerda así:

> Estación del Norte. Frío. Rubén, loco, deja todo aquel Madrid ya tan suyo; Paca, con niño dentro; libros que pasaron a poder de Villaespesa (...). No olvidaré nunca la mirada de Rubén Darío a los álamos blancos del norte crepuscular y fresco de la primavera (...).

Bodegón pintado por Juan Ramón y dedicado a su padre

Un periodista americano llamado Lorenzo N. Celada le hizo una entrevista en el despacho del poeta de la calle Nueva de su pueblo natal, y anotó estas reflexiones en las que el escritor muestra su desinterés del momento por Madrid:

> Este poeta (...) al hablar de Madrid se quejaba de aquel frío, de aquel ruido espantoso, de aquella babel, relacionándola con la plácida tranquilidad que gozaba en su despacho, lleno de comodidades, y por cuyos balcones entraba la luz esplendente de un magnífico día impropio de la estación.

3
PAISAJE HUMANO Y PAISAJE NATURAL

Sanatorio del Rosario

El fallecimiento repentino de su padre el 3 de julio de 1900 a causa de una embolia cerebral provoca en el parte una profunda crisis nerviosa y enferma de neurastenia. Su familia lo lleva de nuevo a Madrid, donde un neurólogo, el doctor Simarro, recomienda internarlo en un sanatorio psiquiátrico, la Maison de Santé du Castel d'Andorte, en Le Bouscat (Burdeos), donde permaneció desde mayo de 1901 hasta 1902 –allí cumplió los veinte años–. Desde entonces temía una muerte súbita:

> Y con la muerte grabada en mí, sentía morirme a cada instante.

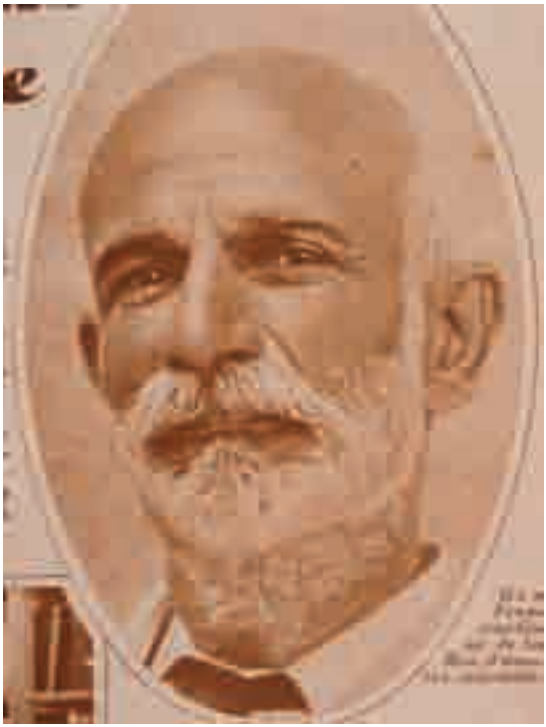
Al parecer, los amoríos con algunas enfermeras propiciaron su regreso a Madrid, adonde vuelve con esa barba que lo caracterizará para siempre. En la capital se instala en el Sanatorio del Rosario de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana –«blanco y azul de hermanas de la caridad bien ordenada»–. Situado en la calle Príncipe de Vergara, era un centro de reposo frecuentado por las familias acomodadas, donde recibió un trato privilegiado y en el que se paseaba con la elegancia de un *dandy* que «había acentuado su tristeza exterior». Simarro había informado al sanatorio de que la enfermedad del poeta estaba en su alma, y las Hermanas de la Caridad se volcaron en cuidarlo y mimarlo. Así recuerda el escritor este lugar:

En este ambiente de convento y jardín he pasado dos de los mejores años de mi vida. Algún amor romántico, de una sensualidad religiosa, una paz de clausura, olor a incienso y a flores, una ventana sobre el jardín, una terraza con rosales para las noches de luna... «Arias tristes». Una larga estancia en las montañas de Guadarrama me trae las «Pastorales»; después viene un otoño galante –azul y oro– que da motivo a un «Diario íntimo» y a muchos «Jardines lejanos». Este es un periodo en que la música llena la mayor parte de mi vida.

Los jardines del Sanatorio del Rosario en la actualidad

Fachada del Sanatorio

El poeta le explicó a Guerrero Ruiz que se fue a vivir al Sanatorio «no porque estuviera enfermo, sino porque necesitaba vivir entre árboles» y, como señalamos, «las calles de Madrid, sin árboles, le producían verdadero espanto, eran algo trágico para él». Los jardines del Rosario dan a la calle Príncipe de Vergara, pero están cerrados por una tapia de ladrillo y hierro que los hace casi invisibles al exterior; sólo asoman algunas de las copas de los castaños. Quedaron inmortalizados en *Arias tristes* y *Jardines lejanos,* aunque el moguereño pensaba publicar también un libro titulado *Sanatorio del retraído,* del que informó a Guerrero Ruiz el 1 de enero de 1931 y que luego constituyó una de las partes de *Libros de Madrid*. En el Colegio San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María, la estricta educación jesuita lo había distanciado de los religiosos en su infancia; ahora se decepciona del sacerdote del Sanatorio:



Francisco Giner de los Ríos

Cuando en verano el médico del Sanatorio se fue de vacaciones sintió mucho consuelo con el capellán de la casa («un andaluz de Jaén, alto, seco, rojo (...) seda y moaré, zapatos –hebilla de plata–»), con quien dio paseos en los que le confesaba sus inquietudes espirituales. Le decepcionó cuando «me hizo una confidencia grosera sobre sus amores con una jamona de la Plaza Mayor (...). Si me hubiera hablado con ciencia o razón de la vaciedad del cielo (...), mi corazón (...) hubiera seguido latiendo tranquilo (...). Aquella negación de la espiritualidad [fue un] golpe espantoso (...). Y lloré por dentro, y me quedé arrinconado (…).

Salvador Rueda

Los domingos por la tarde organiza tertulias –menos ruidosas que las de Villaespesa– a las que acuden, entre otros, los hermanos Machado, Valle-Inclán (que le lleva la *Sonata de Otoño),* Villaespesa, Benavente, Salvador Rueda, Manuel Reina, Emilio Salas y Cansinos-Assens, cronista de la época en varias de sus obras, quien definió al Sanatorio como «lugar de romerías a Juan Ramón Jiménez» y, al poeta, como «una sombra, quieto y frío, impasible y pulcro, vestido de oscuro y elegante». De este grupo nacería *Helios,* la «revista del Modernismo militante», que se publicó mensualmente desde abril de 1903 hasta febrero de

Juan Ramón, hacia 1927

1904. Según expone Campoamor, «el Sanatorio llegó a cobrar fama en la época por esas reuniones y por los apasionados amores de Juan Ramón con alguna de las monjas más jóvenes» –sus «novias blancas», como él las llamó–, algunos tan sonados que obligaron a la superiora de la comunidad, Susana López –al parecer, también enamorada del poeta–, a ordenar el traslado de una de ellas, Amalia, a otro destino para evitar males mayores. Juan Ramón se lo reconoció a Guerrero Ruiz años después, diciéndole que él era por entonces «joven y muy romántico»:

El jardín del Sanatorio, donde Juan Ramón soñó con sus amores de la época

> El salón del sanatorio estaba en el sitio de honor, daba de la casa al jardín. Desde sus balcones, las noches de verano, veíamos la hermana Pilar y yo los fuegos de la Guindalera o la salida de la luna.

En efecto, parece que se enamoró de la hermana Pilar Ruberte, su «Venus de Milo», «un mármol de museo ablandado y calentado por mí», según escribió, a quien dedica los «Recuerdos sentimentales» de *Arias tristes* y a quien menciona en otro texto de *Libros de Madrid:*

> Eran las hermanas más jóvenes. La hermana Pilar Ruberte, la hermana Filomena y la hermana Amalia Murillo. Yo les traía golosinas que ellas, aunque les estaba prohibido, se comían conmigo alrededor de mi estufa. Cuando había tormenta venían gritando a mi cuarto.

Fiesta de gigantes y cabezudos en La Guindalera

Me vestían de monja una escoba y me la ponían sentada en el sofá, y una fotografía que tenía yo encima de la chimenea de una amiga francesa me la encontraba, puesta por ellas, arropada, en mi cama, sobre mi almohada.

La verdad es que lo pasábamos tan bien las tres y yo... Jugábamos por los pasillos.

De sor Amalia, que venía a descorrerle las cortinas de la habitación, escribió:

Por dondequiera entraba la vida, la tarde y el amor. ¿Por qué se va usted?

Y de sor Andrea:

–No me toque usted los dedos que me pongo nerviosa (...).

La Guindalera en la actualidad

En *Jardines lejanos* habla de «rosas carnales» y «senos primaverales».

Cultiva en Madrid otras amistades, como la de Antonio Machado. «Juan Ramón –se ha escrito– encontraba en el sensible, reconcentrado e inefable Antonio al poeta y amigo ideal, y Antonio veía en Juan Ramón al 'paladín' del futuro lírico de España»; los Machado fueron amigos de Juan Ramón desde la aventura literaria de *Helios*, y les dedicó dos textos:

> Se pasea Antonio Machado, «orillas de la mar», por los trasmuros de sus ciudades terrosas (Soria, Madrid, Baeza, Segovia), pesado, lento de un lado y altivo del otro, seguido, con un libro deshecho en la mano, ausente siempre de su tránsito monótono. (Vi en su casa de la calle de Fuencarral, al poniente, un cuadro de su hermano José,

Antonio Machado

donde Antonio, juvenil, jugando a las cartas con su abuela, se pierde el naipe en la suspensa mano, la mirada partida en los jazmines trianeros del balcón de su madre ingrávida, en una descentrada sonrisa trasparente). Esta sonrisa es, entre las almenas de sus dientes, como el eterno jaramago pasado de luz en lo alto de un murallón a nuestro mar del sudoeste (El Puerto, Rota, Sanlúcar), comido y ruinoso.

Con cualquier cosa le basta a su sonrisa, y con todo está el sonriente bien hallado. No se ve su propio corpachón (...).

En 1903 Juan Ramón Jiménez abandona el Sanatorio del Rosario y se instala en casa del doctor Simarro, primero en la calle Conde de Aranda, 16 y más adelante, cuando fallece la esposa de su amigo, en la calle General Oráa junto con

Manuel Machado

otro invitado, Nicolás Achúcarro, médico vasco de gran formación y nivel intelectual, sólo un año mayor que el poeta. Esto supuso para Juan Ramón, según su propio testimonio, «la convivencia con dos cerebros de primer orden, con dos seres de excepcional humanidad y de gran altura» que lo enriquecieron mucho a nivel personal y que contribuyeron decisivamente en su formación intelectual:

> Don Luis Simarro me trataba como a un hijo. Me llevaba a ver a personas agradables y venerables: Giner, Sala, Sorolla, Cossío; me llevaba libros, me leía a Voltaire, a Nietzsche, a Kant, a Wundt, a Spinoza, a Carducci (...).
>
> Muchas noches, cuando Simarro (...) se iba a la cama, me decía, con voz de pereza, a mí que trabajaba:

Joaquín Sorolla

–Déjelo usted; mañana dirá lo mismo...

–No –le contestaba yo–, mañana no dirá lo mismo. Lo que esto dice esta noche no lo dirá ya nunca más.

Nunca olvidaré aquellas tardes de invierno –nieve, frío, lluvia, alrededores solitarios–, cuando inesperadamente, a última hora, veía yo llegar, desde mi ventana, hasta el jardín tristón, la lenta berlina de Simarro.

Achúcarro y Juan Ramón cultivaron una buena amistad. La personalidad del médico atrajo al escritor desde el principio, veía en él a un héroe que quería salvar a España europeizándola. En el *Diario íntimo* que empezó a redactar en 1903, el moguereño evoca los paseos nocturnos que daban por las ca-

lles de Madrid y sus charlas «sobre mujeres bellas», literatura y música. Le dedicó un retrato literario en *Españoles de tres mundos* y dos textos en *Libros de Madrid:*

> «La Aurora», le puse yo cuando lo conocí (1902, laboratorio de Juan Madinaveitia y Luis Simarro, calle General Oraá, cerros entonces, chopos solitarios y sierra libre).
>
> (...) De todos sus viajes, patrias, idiomas, bailes, laboratorios, músicas, alpinismos, libros, pinturas, conserva y lleva encima este internacional banderas de gracia y cultivo jenerales que flotan al viento (...).
>
> Como Achúcarro usaba lentes, el lijero estrabismo, simpático, se le veía entre rayos de luces y colores de sus ojos y de sus lentes; era tan de él, de su mejor él que, siendo, él mismo, no había que separarlo con el análisis.
>
> Pero aquella tarde, en el tranvía de Goya, cuando dije impensadamente, hablando de uno, «ese tío bizco», sentí de pronto que aquel defecto, no defecto, se desintegraba de Achúcarro y salía solo a reprocharme algo –¿qué?– penosa y sonrientemente.
>
> Muchas veces pensé hablarle de aquello, pero ¿cómo?, ¿para qué? Porque hubiera sido hacerle pensar que era lo que no era (...).
>
> Pero aquella cosa, sin embargo, sabía yo que estaba entre los dos como una piedra falsa que yo quería tirar y no tiraba.

También le enriqueció y le influyó la amistad con otro amigo de los médicos, Manuel Bartolomé Cossío, promotor junto con Giner de los Ríos de la Institución Libre de Enseñanza:

> Mano en el hombro, risa de matices, hirviente efusión, jestos, tiques; la rosa de las voces de cien tonos (...).
>
> Sí aquí está ya con sus ojos, las manos de molino en el cielo, fresca la mirada (...). (Tiene mucho Cossío de

Manuel Bartolomé Cossío, historiador del arte y pedagogo

tierno vejetal y de rico mineral. Pocos hombres me han parecido tan paisaje) (...).

Hablando él, un jardín se mueve al viento, la tierra olea bajo nosotros, como un mar sólido, y todos somos marineros del entusiasmo. ¿Lo desmaya la emoción? ¿Se ahoga? ¡No, no, que está vivo! Vivo y coleando, dinámico delfín.

Con Simarro visitaba las principales librerías de Madrid, como la de Fernando Fe y Romo, paseaba por el Paseo del Prado, Recoletos y la Plaza de Colón, y asistía a sus clases de Psicología en la universidad. El médico lo pone en contacto con los pintores Emilio Salas y Joaquín Sorolla. Según declaró el poeta, fue una etapa dura para él que recuerda así:

Frío, cansancio, inclinación al suicidio (...), el único alimento de la belleza para el corazón.

Inauguración de la placa al Dr. Achúcarro en la calle Lista. El segundo a la izquierda, Gregorio Marañón

Simarro, al contrario que los demás doctores que lo habían tratado, le aconseja que se dedique por completo a su obra. Sabía tratarlo ante sus tendencias más pesimistas, lo relata Graciela Palau de Nemes:

> Cuando Juan Ramón, con una pistola en la mano, decía que se iba a matar, Simarro le advertía que un medio más efectivo sería tirarse por el balcón, al mismo tiempo que le abría la ventana y le invitaba a hacerlo.

Placa conmemorativa de Juan Ramón en la calle Padilla, 38

El escritor recuerda en *Libros de Madrid* esta etapa con Simarro en un texto en el que hace referencia a un tiro de pichón cercano que él conocería después de su estancia en casa del doctor:

> Está, caminito de la colina, en la calle del Pinar, la calle que parece un río.
>
> Hace años, cuando yo vivía en la calle General Oraá, ignoraba el revés de este campo de tiro (...) por donde paso ahora cada día (...).
>
> Los tiros que antes oía hacia el campo nunca visto, los oigo ahora hacia la ciudad conocida (...).

Contraviniendo las normas de la Institución, el médico fumaba y, en su casa, en una actitud moderna de respeto, se salía al balcón:

Publicidad del Hotel Inglés

Aquella noche de enero había nevado como entonces nevaba en Madrid. Y el cielo bajo estaba todo en el suelo, la calle, en el Paseo del Obelisco, duro y brillante; y el cielo alto, altísimo, se había estrellado en Paraíso (...). Se fue por el abrigo de astracán, (...) y siguió fumando (...) hablando (...) a contra estrella.

Probablemente en ese domicilio recibe la visita en 1903 de Rubén Darío. Lo recuerda así:

Venía vestido de kaki, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. «He venido a Madrid sólo a verle a usted».

Esto sorprendió a Juan Ramón, que acababa de iniciar su andadura literaria con el pontífice del Modernismo. Más adelante tuvieron otras entrevistas en el Hotel Inglés.

Sierra de Guadarrama

Por mediación de Simarro entra en contacto, en 1902, con la Institución Libre de Enseñanza, donde conoce a Giner de los Ríos, de quien escribió:

> La pedagojía era en Francisco Giner la expresión natural de su poesía lírica íntima. El pintor, el músico, el poeta que pudo ser y en otro sentido empezó a ser o fue, encontraron en la pedagojía viva el goce profundo de la belleza pura y de la belleza útil (...). Al hombre pleno que tiene ya su vida, que ha encontrado su sitio en su órbita, le conviene la poesía escrita (...).
>
> Don Francisco, que era en vida un profesor máximo, era sobre todo un vividor de filosofía. Por eso su ejemplo, su contajio estaba en su persona más que en su obra escrita (...).
>
> Lo que a mí me interesaba de la filosofía de don Francisco era el resultado humano.

Los domingos Juan Ramón acompaña a Giner en sus frecuentes excursiones a la Sierra de Guadarrama, en consonancia con el espíritu institucionista de fundir el espíritu con lo natural:

> Íbamos una tarde de mayo, por el paseo del Cisne, Don Francisco Giner, el doctor Simarro y yo. Todo era claro, fresco, ideal. Sobre el cielo azul, las ramas de un verde claro y tierno se estremecían a la brisa de cristal que el Guadarrama, descubierta y amable su nieve en la tarde limpia y nueva, mandaba como en un río ideal y aéreo.

Giner de los Ríos y Cossío, con burrito

Esto congeniaba bien con el deseo de Juan Ramón de sentirse rodeado de naturaleza en parajes como este o como El Retiro, frente al Madrid edificado de piedra e hierro. Por consejo de Simarro, en el verano de 1903 pasa una temporada en la Sierra de Guadarrama –que él define como «una estancia inolvidable»– con uno de los médicos del sanatorio, el doctor Sandoval:

> En doble individualidad acompañada, leíamos ciencia o poesía, estudiábamos latín, alemán o inglés, soñábamos, pensábamos, todo con la vehemente ilusión de nuestras dos juventudes: yo 22, él 45. De pronto, un tren pasaba rozándonos con sus techos meneados nuestra planta, por el desfiladero estrecho, boca casi del túnel de

Sorolla pintando un retrato de Alfonso XIII

San Rafael (...). Latían bien nuestros corazones, el de cardiólogo de Sandovalito y el mío de cardíaco.

(...) Al fondo Madrid, con tanta espera y desesperanza. La vida y la muerte presentes y vivas, en pie, y nosotros echados ante ellas, sin prisa (...).

(...) Nos íbamos andando, andando por la vía, a una piedra alta. Él traducía alemán y yo miraba al Guadarrama violeta. Yo leía a Góngora o Verlaine y él cojía florecillas. Los dos oíamos el agua del río y olíamos las madreselvas de la orilla, al regreso nocturno. Los dos mirábamos la luna desde la cama, oliendo a heno fresco.

Rubén Darío

Juan Ramón habla de la Sierra de Guadarrama en varios textos de *Libros de Madrid:*

(...) Guadarrama, madre paciente y gris, que sepultara en redondea lava retorcida este Madridillo (¡ridículos masoncitos!) de mogollón, azulejos, tomiza, escayola y colorete.

Hoy parece Guadarrama el Guadarrama del fondo del retrato ecuestre de Felipe IV que Velázquez imajinara en el Prado.

Una larga estancia en las montañas de Guadarrama me trae las «Pastorales».

Sierra de Guadarrama. Cercedilla

Se van, se van todos. Mediodía azul, azul, azul, casi sin oro, de un sol absolutamente azul (...). Y lo que se parece que se queda solo y que lo es todo, es sierra, Guadarrama, valor de Madrid.

¡La sierra toda y sola, junto a Madrid solo! Está tan unida a este Madrid posible e imposible, a lo suyo en tal inminencia avasalladora, tan hermosamente indestructible y ejemplar, como la tormenta, la costumbre, la guerra, el terremoto o la paz.

(...) Y yo, que no le quito a la sierra, ni ella a mí la soledad estándome, grandes mis ojos con altos y hondos del tamaño de los de ella, la miro, la miro y casi la acaricio con mi mano (...). Y ella, encima de mí ya, me mira, me mira, me mira libre, mía y blanca.

Para su soledad contemplativa en el interior de los edificios, éstos eran un «museo de ventanas» desde las que ven cuadros de paisajes:

Sierra de Guadarrama. Manzanares el Real

> Por una (...), el primer chopo (...). Por otra, el Hipódromo (...). Por otra (...), las última estribaciones de Guadarrama, allá, al fin del gran campo arado sobre el que se coloran redondas nubes rosas (...).
>
> Cierro, con un rápido paseo de retorno, el largo álbum desdoblado, saco la cabeza por el último cuadro y me pongo, deslumbrado, a proyectar mi futuro en el ocaso.

Hay un texto entrañable sobre la Sierra en el que Juan Ramón está con dos hijas de un amigo institucionista, Luis Álvarez Santullano:

> La torrecilla de la Prosperidad, mísera, y los pardos chopucos invernales del Canalillo, se cortan hoy sobre un cielo sucio, vagamente estriado de verdes, telón acuoso del Guadarrama.

Marylín Santullano, de pronto, ha arrastrado a Walusia, su hermanita, a una ventana y, encaramándola un momento, le ha dicho: «Mira, hoy no hay sierra. Se la han llevado esta noche los ladrones».

Walusia alza sus vivos ojitos negros a los míos, abre sus bracitos gordos, encolchonados de triples mangas que se le han subido, sofocándola, y al fin se echa sobre mí, llorando desconsolada, como si sucediese una cosa horrible: ¡Hoy no hay sierra, Juan Ramón; hoy no hay sierra!

Parque del Retiro

A Juan Ramón le gustaba quedarse solo en zonas verdes como El Retiro, en donde reflexiona sobre su trabajo. La pureza de la naturaleza le ayuda a pulir su obra, que revive constantemente en su cabeza:

(...) Es la hora en que vamos siempre al Retiro, cuando ya se han marchado todos y se puede estar en aquel pinar con soledad. Me gusta pasear un poco y luego sentarme en un banco a confrontar aquello en que estoy trabajando con la Naturaleza; esto lo he hecho siempre y sirve de mucho (...) para que caigan las cosas superfluas (...) pienso en ello para dictarlo ya depurado cuando vuelvo.

Ensalza en sus textos el frescor vivo y cambiante del parque donde la naturaleza –de carácter animista– cobra fuerza:

Mis sueños han tenido cien veces esta vista prodigiosa, y la arboleda de detrás, en la metamorfosis del sueño, era ya pinar de Moguer, palmeras de Sevilla, castaños de Burdeos..., de Filadelfia, pero la Puerta era siempre la misma, única y perfecta.

Nunca he visto tristeza más hermosa que la del Retiro aquella tarde.

El Retiro en otoño

Entre el ramaje, de un verde casi amarillento, los pinos negros se veían aunque no se mirasen, y producían impresión, no de cosas, sino de sombras que fuesen llegando. He oído llorar a un árbol; en el tronco tenía voz de fiera y, en las ramas altas, voz de niño. También oí cantar al aire en la hojarasca.

(...) Todos los verdes, todos los oros y todas las luces (...).

¡Adiós, hojitas –y se mueven, locas en el viento–; hasta mañana!

Las sanas hojas lustradas de los chopos agrios del camino azulean de dulce cielo (...). Los firmes mirlos atra-

El Parque del Retiro en un plano de la época

viesan sombra y sol (...), se truecan constantemente con el viento, como peces que nadaran un doble oleaje feliz de mar y aire. Cuesta abajo viene el agua susurrante y dichosa, sonando a tesoro abierto, entre la flor caída y la hojilla seca del cauce de tierra oscura, todo bordeado de avispas orinegras (...).

Repara en los chopos, violetas y mirlos del Retiro; fijémonos en los últimos elementos, las flores y los pájaros:

Por el arrinconado paseo solitario –sol inmóvil listado todo de sombras de troncos aún sin hojas visibles–, los mirlos negros pasan y pasan andando deprisa, caídos de pecho, alzada la cola, como en resorte.

A un lado y otro, cuadros verdes y morados de violetas tempranas levantan montones de olor fino, como refregado, penetrante, que el alma, abierta de par en par en su pecho dilatado, recibe con el viento caliente ya a ratos y, a ratos, fresco aún, frío.

El frescor morado y verde de la atrevida violeta es la aguda sensualidad primera del jardín –¡qué alegría en los ojos mareados! ¡Qué risa en el sostenido oler!–. Y lo negro del mirlo trueca, por él, su anterior tristeza de cajita de muerto de las escasas flores escondidas, en pasión virgen de firmes ojos negros de almendra; en delicadeza de asustada pierna adolescente en seda negra; en pureza última de liso cabello de ébano suave.

Observa la galería de personajes que pululan por el parque:

Y entre el polvo de los paseos, aun tras las sucias hojas lacias el tercero, alto, decisivo bombardeo de la banda, un gentío confuso vuelve ya, como una derrota, como en una trabajada riada; esta jente de los jueves y domingos de Madrid, estrafalaria, corriente y triste.

La rosaleda del Retiro en la actualidad

¡Y triste! Un jorobado moreno, más, negro, solitario y engreído. Oscuros soldados del hambre y la ignorancia, perdidos, lentos. Criadas, con fuerte estela de jabones y guasas, el suelto instinto mal mirado, acorralado, reído. Un viejecillo paralítico, irascible y manchado, con abrigo ya o todavía que, parándose de pronto, levanta un bastón ridículamente amenazador. Carteros de escape y rabona, sudosos, galantes. Una sexagenaria de manteleta de abalorios, sombrero de colorines y sombrilla blanca, todo dado, que, a la larga cola cojía difícilmente sobre sus botas rojas de hombre, va hablando sola. Hermanas mellizas de una equivalente desgracia, rosa o celeste, una con patilla, bizca otra. Un muchacho idiota, gordo y albino, que viene fumando un gran puro de brea en su carrito obstaculador. Matrimonios casi jóvenes con niños casi viejos. Más soldados, con duro uniforme inamoldable. Curas en ternas y parejas, sin afeitar, caspa en los hombros, que eructan, riso-

Soldados de la época, «con duro uniforme inamoldable»

tean, se jactan, miran las piernas a las mujeres gordas. Un señor absurdo, colérico y afeminado con una delicada niña como con alas azules, de pobres ojazos melancólicos...

Los penúltimos salen apretándose, ¿para qué? Por la puerta pequeña de la verja grane cerrada, entre cuyas lanzas la perfecta belleza de granito de la Puerta de Alcalá levanta su firme, justamente monumental escorzo gris. Al fondo, cúpulas vagas, en imposible olvido de lo que son, y leves oros granas en metales y cristales, reflejo de ascuas que no se ven, derramadas, chorreadas, sin duda, de la abortada tormenta del poniente. Y luces malvas ya, abajo, rojas y verdes, procesión movida, que adelantan la noche ciudadana.

La Guindalera y otros barrios en un plano de la época

Al fin, mártir, pisoteado, sucísimo, se queda solo El Retiro, bien cerrado, una cárcel. Y en su fondo, como su presa, la enorme, difícil, inacabable.

Personajes

Juan Ramón repara en personajes curiosos de Madrid y se fija en los ambientes decadentes madrileños que pueblan algunos de sus relatos breves y de sus cuentos en los que el escritor detiene la mirada en seres desfavorecidos, como los presos, los ancianos, los forasteros, los locos y los habitantes de barrios marginales de la ciudad, a los que retrata con pinceladas rápidas y plásticas, creando escenas muy reales en las que profundiza en la naturaleza humana como indican estos textos:

Trashumante

Estas noches de llovizna fina, suele pasar bajo mi balcón un lento hombre viejo tocando, sin parar, una gaita. No es un mendigo, ni un borracho, ni un loco; es un tranquilo viejecito de los campos, que tiene en su pecho, como una planta en la tierra, su corazón, y arriba la flor, en sus ojos.

Hay pobres hombres así, que para encantar la soledad y la nostaljia, se trajeron de su provincia una imajen, un animal, una manta. Este viejecito secreto se trajo, sin duda, una dulce gaita llena, como la arrulladora mar de su costa, de profunda música.

Los gastados domingos por la noche, cuando no hay ya que soñar más que en el sueño y todo está cansado y dormitante de la fiesta, pasa el viejo bajo mi balcón. Va despacio, como un pastor ante su apretado rebaño ideal, pendiente jugosa abajo, haciendo hablar al aire de su gaita, mientras le acaricia la forma, una de esas monótonas albadas, envueltas en humo redondo de aldea y finas flores de camino y fuente. La calle alta, cerrada, negra de la ciudad

Ancianas de barrios marginales

se enternece un momento con la blandura lejana de los campos de un norte melodioso; y tal niño, una mujer, este hombre abren un hueco amarillo en la pared y salen el paisaje que llora la gaita.

Acaso vuelve a lloviznar; acaso el aire yela manos y corazón. El viejecito va despacio, perdidos los ojos en su propio matiz invisible, apretando bien contra sí su gaita de balada de colores y crepúsculo fijo, con vaho de oculto valle, frescura de río íntimo, claridad de cielo de familia.

¿Qué le dirá la gaita al viejecito despacioso? Y él, ¿adónde no querrá llegar? ¡Si yo, cuando el pobre se salga de su humo y la gaita se le ahogue, pudiera estar delante de él, con su tierra verde, su vereda cariñosa, su portal tibio entre las manos!

La locura asoma en «Exofelia», una anciana mellada y despeinada que habla en su demencia con las hormigas. El poeta recrea al desdichado personaje del *Hamlet* de Shakespeare, la desventurada Ofelia

Exofelia

El fresco prado encandilante retenía, como si entre sus innúmeras florecillas malvas, moradas, azules, miriadas de aleos, hormigueos y zumbidos, se le estraviaran a uno los ojos, sacados negrirrojos por el verde añil. Ojos, flores, yerba; ojos, yerba, flores; luces, sombras; enredados, confundidos; yerbas en los ojos, ojos en las flores, lutos, chispas. Y ¡viento loco de marzo, que parecía acercar y unir en un ramo cálido, que fuese el corazón salido, toda la primavera, mares, bosques, cielos, del mundo!

Desgreñada y melladísima, venía ya la vieja a través del hirviente día, de riguroso, blanco invierno raído, una flor celeste en la mano, hablando sola y riéndose para ella. Se detenía, pedagójica, y, la boca fruncida, el dedo tieso, le imponía algo sentencioso a una hormiguita asustada. Aquí y allá, al momento, casi sin mirar, como si lo que arrancara fuese de su alma distante, se inclinaba, cojía otra flor azul y la guardaba en su gran bolso matado. (Ya mis ojos se habían vuelto solos a su sitio).

En torno, todo, con la belleza rara, impuesta por lo subjetivo, de un jardín de mente en perdición, palpitaba de otro modo. El viento llovía sobre la ausencia jeneral, en cenital sol, hojitas lúcidas de flor caída y hojas secas últimas, aún, mezcla realmente melancólica. Los pájaros, al compás de la alzada destellante del agua próxima, coronaban de sueños presentes la busca delicada, como con lágrimas antiguas, un poco tristes todavía, algarabía en iris de anhelos y regalos infinitos, cuajadas, por amor y dolor, en primaverales piedras de luz.

La soledad de una vida deprimida se refleja en en «El estrañista».

La casa de la calle Velázquez, 96

El estrañista

Me lo encontré, de pronto, en cualquier sitio: al subir una solitaria escalera, en el ventanal de descanso; en mi cuarto abierto; en el puente del canalillo; de pie junto a un banco inelejible. Era alto y albino, con un gabán ancho, equivocado de botones y largo y raído, el mismo en invierno y en verano, que sólo dejaba verle sus botas ríjidas de otro, los ojos azulencos, las veteadas barbas secas y las manos temblonas. Nunca supe si llevaba o no sombrero. Sacaba su librajo de heráldica entre el gabán y la carne, al sol, al viento, a la nieve, donde, cuando fuera, y me decía, señalando escudos y coronas desdorados, unas cosas inintelijibles, en un castellano inconexo, judío.

Nadie lo había visto nunca entrar. Y ¿cuándo, por dónde salía? De noche, al mediodía, al amanecer, por la tarde, el viejo estaba allí. Parecía un ser de otros siglos

(dibujado súbitamente, por no sé qué plástico espejismo), que ya no se entendiera con nosotros, aunque hablaba casi con nuestras palabras. Era casi verdad, casi mentira. No se sabía qué hacer con él, si acomodarlo o despedirlo. Nada a todo. Daba pena, era indiferente, indignaba. Y tras un momento de miradas fuera de sitio y frases aisladas e incongruentes, se iba ¿a dónde? deprisa…

A veces, desde mi ventana, lo veía yo erguido enmedio del desmonte, las manos en los bolsillos sin fondo del gabán, señalándole el viento su esqueleto, jirando, impropia veleta mohosa, a los cuatro cielos. Otras, miraba a la casa fijamente. Yo, por si podía sorprenderle entonces el secreto de su soledad lejana, cojía esquivándome los prismáticos, y me traía su cara a mis ojos. Y sus ojillos acercados a la fuerza, me miraban, defendiéndose como clavos, como insectos, dentro de los cristales, con su escapada fijeza sonriente e incomprensible.

Foto antigua de la casa de la calle Lista, 8

4
LA COLINA DE LOS CHOPOS

A principios de 1905 Juan Ramón regresa a Moguer enfermo de neurosis, donde permanece hasta 1912. Es una época dura porque su familia pierde su fortuna y se traslada a vivir a la calle Aceña, pasando temporadas en la finca Fuentepiña de Moguer. Repuesto de sus dolencias espirituales, regresa a Madrid y reanuda su contacto con la Institución Libre de Enseñanza. Sus amigos habían estado buscando para él una residencia cercana a un hospital, tal y como él deseaba, y Julio Pellicer lo lleva a una pensión de la calle Gravina, 11, próxi-

Juan Ramón con una niña en la Residencia de Estudiantes, hacia 1924. Sentía una especial predilección por los niños

Juan Ramón y Alberto Jiménez Fraud en la azotea de uno de los pabellones gemelos de la Residencia de Estudiantes, hacia 1925

ma a la Casa de Socorro del Arco de Santa María, donde se instala sólo provisionalmente porque le molestan los ruidos y el bullicio del mercado. Con la familia numerosa del piso superior le sucede una simpática anécdota sobre un grillo que él relata así:

> ¡Qué angustia el grillo de aquel junio raro (...), allí encima de mi ventana, tan dentro de mi soledad, como un cascabelón en el mismo centro de mi oído! (...).
>
> Por fin, no pude más; y le dije (...) al niño del portero, dueño del grillo real, que si me lo quería vender; que le daría un duro o dos, o cinco, lo que él quisiera, con la idea de llevarme el acerado animalito oscuro al Retiro (...).
>
> El chiquillo abrió unos ojazos enormes, asombrados, que a mí me parecieron dos grillotes melancólicos (...).

Me dijo (...): «Por el duro, voy a traerle al señor cinco grillos de los buenos».

En otro texto recuerda al canario que vivía enfrente de su casa:

> Todas las tardes, los niños de ahí enfrente sacan al sol –este pobre sol alto de la calle sombría– su niño canario (...), y todos juntos gritan, entrecantan, palmotean, se imitan, aletean, se ríen. Luego, va cayendo, sin yo darme cuenta, el silencio. Me pongo a trabajar, a soñar, preso también de alma y cuerpo (...). Y pasan las horas de luz libre, y hay que encender la luz aprisionada (...). Pero en la mudez absoluta (...) se levanta en mí un clamor callado del tamaño del cielo de los pájaros, cielo de vuelos.

Juan Ramón se instala pocos meses después en otro lugar más cómodo en la calle Villanueva, 5, la pensión Arizpe, muy cerca de la Policlínica Madrileña. La habitación es un ático nuevo, amplio y cómodo que tenía un escritorio, un armario de nogal y un balcón desde el que disfruta del paisaje repleto de frondosos árboles. Le escribe a su madre:

> En la nueva casa no estoy mal, pero me resulta un poco cara y voy a buscar algo que me convenga más. Como bien y duermo tranquilo.

Los vecinos del piso de al lado son un ruidoso matrimonio americano, un arquitecto y su esposa, los Byne, quienes, cuando tenían visitas, tocaban el piano, reían y hablaban muy alto, por lo que Juan Ramón Jiménez los llamaba al orden mediante golpes con un bastón en la pared. Eran amigos de Zenobia y el escritor los visitará con frecuencia para acercarse a ella. A finales de año se va a vivir a la Residencia

de Estudiantes –invitado por Jiménez Fraud–, donde encontrará la ansiada paz para su espíritu y donde permanecerá hasta su boda en 1916. Como señalamos, fue el doctor Simarro quien lo había puesto en contacto con Giner de los Ríos y con la Institución Libre de Enseñanza (ILE), el más importante núcleo intelectual progresista y librepensador de la España del momento. En 1910 la Junta para la Ampliación de Estudios, organismo derivado de la Institución Libre de Enseñanza, decidió crear un colegio universitario liberal y progresista con los más adelantados avances pedagógicos. La Residencia de Estudiantes fue fruto de la ILE, cuyos promotores habían sido, según avanzamos, Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Giner eligió como director de la institución a Alberto Jiménez Fraud, «el hombre perfecto» y «presidente ejemplar» para el moguereño, perteneciente, como Ortega y Gasset y

Vista exterior de la Residencia de Estudiantes

Juan Ramón, a la Generación de 1914. Ortega será el «orientador intelectual del grupo» y, Jiménez, «el maestro poético». La Residencia ofrecía una visión de la cultura amplia y moderna, comprometida y responsable, que llevaba a «un estilo culto de vida» basado en una sólida formación moral e intelectual:

> La Institución fue el verdadero hogar de esa fina superioridad intelectual que yo promulgo: poca necesidad material y mucha ideal.

La Residencia de Estudiantes se situaba en la calle Fortuny, número 14, en una zona de hoteles y jardines de la parte alta del Paseo de la Castellana. En 1911 se hizo necesaria ampliarla, para lo que se alquiló un hotel próximo y se ocuparon los números 10 y 14. Se reformó varias veces posteriormente. Por entonces contaba con 150 estudiantes de edades comprendidas entre los quince y veintiún años. A Juan Ramón se le reservó la antigua biblioteca del número 14, que ayudó a organizar. En su habitación se sentía como en casa, trabajaba cómodamente y disfrutaba de muy buena iluminación. Gozaba de privilegios, como el hecho de que sólo a él le estaba permitido coger flores del jardín. Sobre su estancia allí le escribe a su madre entusiasmado:

> (...) La libertad es completa (...), todas las semanas viene a comer una persona eminente en política, arte, ciencia, literatura, etc. Además, se dan conciertos los sábados. El baño es diario. Las clases de idiomas gratuitas. Vienen profesores para educar a los médicos y a los abogados.

Juan Ramón no se hospedó en la Residencia de Estudiantes como estudiante sino en calidad de huésped, una práctica frecuente para que los residentes trataran con artistas e intelectuales. Se lo explicó a Guerrero Ruiz en 1933:

La Residencia de Estudiantes vista desde el Canalillo, en los años 30

> Yo no fui alumno de la Institución, aunque figuro en las listas de antiguos alumnos porque al morir don Francisco nos pidieron a los que habíamos sido más amigos suyos que nos alistáramos, pero me he limitado siempre a pagar mi cuota sin asistir nunca a las reuniones. Desde mis veinte años les estoy tratando a todos y les conozco muy bien.

Residió en la Institución desde que se inauguró, en septiembre de 1913, hasta el 21 de enero de 1916, día en que partió hacia Cádiz rumbo a Estados Unidos para casarse con Zenobia. Al regresar de su luna de miel por América se instalarían en la que popularmente llamaban «la Resi» por unas dos semanas, hasta que amueblaron su nueva casa. Él se hizo cargo de las publicaciones de la Residencia, con la ayuda de Jiménez Fraud.

A las actividades de este «hogar de la inteligencia» se vincularon escritores y científicos relevantes, y por allí pasó la «minoría selecta» nacional e internacional: Unamuno, Menéndez

La Residencia, en la actualidad, con el canalillo en primer término

Pidal, A. Machado, Américo Castro, Onís, Ortega y Gasset, Marie Curie, Einstein, Chesterton, Corominas, D'Ors, Le Corbusier, Falla, Ravel, etc. Allí estudiaron, entre otros, Dalí, Lorca, Alberti, Neruda y Buñuel.

En 1913 empieza la construcción del nuevo edificio de la Residencia en el llamado «Cerro del Viento» o «del aire», los «altos del Hipódromo», en la frontera del Paseo de la Castellana, desde la calle del Pinar hasta los altos del antiguo Hipódromo, que Juan Ramón Jiménez bautizó como la «Colina de los Chopos», tres mil en total que él ayudó a plantar. También diseñó los jardines del Patio de las Adelfas, más tarde conocido como Jardín de los Poetas, en cuyo proyecto participó activamente y se implicó tanto que se acercaba diariamente a visitar la obra:

> Cuatro grandes golpes de adelfa, encerrados en cuatro marcos de alto boj, serio y perfilado, como en el Jardín Escurialense llamado de los Frailes.

El Hipódromo y la Colina de los Chopos en un plano de la época

Juan Ramón ocupó una habitación del nuevo edificio, en la que disfrutó de las vistas que tenía a la sierra. De por entonces data su proyecto «la Colina de los Chopos», en el que recogería sus vivencias en este lugar:

> Este Cerro del Viento, cuando eran sólo aquí viento y cerro, esta hoy Colina de los Chopos (que paran el viento con su nutrido oasis y nos lo entretienen humanamente ya), ¡como baja el cenit! Están confundidas con

El Cerro del Viento

fijeza, noche del primer abril, en su meseta, las luces de arriba y las de abajo (...) en plebeya y aristocrática fundición, arrabales del cielo y la tierra.

¿Qué es eso que se oyó? (...) Soledad, silencio por todas las aristas, planos y rincones del promontorio. ¡Y qué grato todo (en su variación, su avance, su incorporación actual) en esta subida mía nocturna por su cuesta, después de tantos días! ¡Cuánto presentido verdor nuevo en la misma sombra azul, realización profusa, saludable, sensual de aquellos dibujados, pintados, cantados, anhelantes sueños por lo yermo con nieve sola, son solo sol, con solísimo huracán corrido! (...).

Juan Ramón es el primero por la derecha de la primera fila, y a su lado están sentados José Ortega y Gasset y Azorín. De pie, en la segunda fila, Manuel García Morente (primero por la izquierda), Pedro Salinas (cuarto por la izquierda), Ramón Gómez de la Serna (octavo por la izquierda) y Alfonso Reyes (tercero por la derecha).
Acto en la Residencia de Estudiantes

Cojo el aire limpísimo en un profundo inspirar de mi pecho contento. Sí, ¡qué bien vuelven a estar cuerpo y alma, súbitamente, en este fresco, frío alto! ¡Cómo se siente aquí (...) la raíz de la posible minoría del segundo Goethe que sembramos, un revuelto mediodía de enero, con los árboles! (...) ¡Alegre danza, en los ojos alegres, de todas las luces terrestres! (...).

¡De todas partes salgo corriendo, corriendo, sonriendo, feliz, en multiplicada vida abierta, de mi olvido, en esta cerrada soledad de dormidos o desvelados, a abrazarme!

Aquí se puede trabajar a gusto y mucho. Hay un gran silencio a pesar de tanta jente, y este rincón de jardín a que da mi cuarto, me lo respetan y nadie viene a sentarse ni a hablar por aquí cerca.

Cubierta de la primera edición de *Platero y yo,* en 1914

En *Libros de Madrid* le dedica una parte a «la Colina de los Chopos», que titula así y que está dirigida a Alberto Jiménez Fraud porque, como el escritor reconoce, «este libro iba a llamarse (se llamó antes) *La Colina de los Chopos*». Para él era «símbolo del amor, del compañerismo, de la vida alta y pura»:

> Una amorosa congregación de espíritus de oro, luciendo en paz sobre la vida (...).
>
> La crítica sin odio, la comprensión de lo bueno, la inutilidad de las escalas, la comprensión del ser no importa cómo ni cuánto, el amor, sólo el amor.
>
> ¿He hecho con el amor de este libro mi Colina de los Chopos?

Por entonces veía a Ortega y Gasset casi a diario y mantenían intensas conversaciones, a veces incluso se iba con él a su residencia de El Escorial. A pesar de ser reacio a las manifestaciones públicas, Juan Ramón había colaborado con Ortega en el homenaje a Azorín que se celebró en Aranjuez el 3 de noviembre de 1913. Como él mismo expresó, se encargó personalmente de editar las *Meditaciones del Quijote* (1914). Se distanciaron porque Juan Ramón discrepó del activismo político de Ortega y porque se fue decepcionando del papel del intelectual en la vida pública, aunque seguía exaltando sus ideales ya sólo en su «soledad sonora»: trabajar en la propia obra era «la mejor política» de todo artista que «cumple una misión religiosa con infundir una espiritualidad social».

> La misión del artista es templar con el ejemplo de su vida el ánimo de los hombres.

Antes de su boda en 1916 con Zenobia Camprubí de Aymar, una joven española que había vivido en Estados Unidos, la editorial Calleja le había propuesto dirigir en Madrid una nueva serie de sus publicaciones. En 1915 Rafael y Saturnino Calleja lo nombran director literario de la Casa Calleja, donde publica *Platero y yo, Estío* (1916), *Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917) –dedicado a Rafael Calleja– y la primera edición completa de *Platero y yo* (1917). Juan Ramón Jiménez tuvo una gran vocación de editor, aunque no mostró ningún interés por los aspectos comerciales de la edición. Zenobia escribió cuentos para la citada editorial.

5
ZENOBIA

Zenobia vivía con sus padres en el Paseo de la Castellana e iba con frecuencia a casa de los Byne. Al futuro Nobel le enamoró oír en el piso vecino de la pensión Arizpe su risa desenfadada y vitalista y, finalmente, en julio de 1912 pudo conocerla. A las dudas de Zenobia ante la nueva relación se le

Zenobia Camprubí en Boston, marzo de 1916

Zenobia y Juan Ramón el día de su boda, el 2 de marzo de 1916

sumaba la oposición de su madre, entre otros motivos porque no le agradaba un poeta para su hija, conocía los amoríos con las «novias blancas» del Sanatorio del Rosario y era recelosa de la ILE –no se llevaba bien con la familia Cossío–, así es que su hija dejó de asistir a las conferencias de la Residencia de Estudiantes. El poeta se consolaba sentado en un banco frente al piso de Zenobia de La Castellana para ver su sombra por las cortinas de las ventanas o por el balcón; allí lo solían encontrar sus amigos:

> Esta tarde iré con Achúcarro a La Castellana y me sentaré frente a tu casa, ¡como tantas veces!, a ver si te veo sin que tú me veas. Desde el día en que te conocí, no he tenido un mal pensamiento de ninguna clase (...).

Zenobia, con flor

Escríbeme, dame luz y ve sosteniéndome, hermana risa, arbusto débil (...), friolera (¿cuántas mantas te echaste anoche?), poco pulso, salud de dos días, ángel de la guarda (...), virgen de Italia, hermana, madre, hija, chiquilla, pájaro, ¡maravilla de mi vida!

Los novios mantuvieron una intensa y apasionada relación epistolar que iniciaron durante el verano de ese año, cuando Juan Ramón se fue a Moguer y Zenobia a un pueblo de Navarra. Contrajeron matrimonio en marzo de 1916 en Nueva York en la iglesia de San Esteban. Juan Ramón tenía 35 años y Zenobia, 29. Su peregrinaje hacia ella dará lugar a una de las mejores obras de Juan Ramón y del siglo XX: *Diario de un poeta recién casado,* «breve guía de amor por tierra, mar y cielo» que se inicia en Madrid el 17 de enero de 1916. En 1918 Ortega y Gasset publicó un escrito en *El Sol de Madrid,* donde decía que Juan Ramón había cazado un hada:

> Señora, el nombre de Zenobia Camprubí suena a nombre de un hada que nos parece haber visto en cuento mejor. En uno de sus vuelos casi irreales esta hada, que tiene los ojos azules y una nube de rubia sobre las sienes, cayó en la red de un poeta. Porque los poetas son furtivos cazadores de hadas: tienden en las afueras de la realidad redes de cristalinos hilos, que tejen para ellas unas arañas sentimentales. Todo lo grávido, todo lo material, todo lo filisteo atraviesa las ilusorias retículas sin romperlas ni mancharlas. ¡Sin enterarse de ellas! Sólo las hadas quedan prendidas. Así, esta hada Zenobia es un hoy un hada bien maridada al egregio poeta Juan Ramón Jiménez. En lírico homenaje, como Titania y Oberón por la selva, atraviesan nuestra árida existencia nacional, fabricando inverosimilitud. Jiménez tañe sus propios versos, y ambos juntos traducen a poetas lejanos.

En *Libros de Madrid* Juan Ramón canta su amor en «La primera mariposa»:

> Después de la nieve que descorrió ayer su telón para abajo, como la Comedia Francesa, entra la primavera en escena. Al fondo, Guadarrama azul y blanco.

Zenobia y Juan Ramón, hacia 1918

El día es abrigado como para enamorarse, deslumbrar como un oro recién limpio. Las manos sienten como un grato pasar de agua fría. Todo va a abrirse, a derramarse, a multiplicarse, en una alegría sin fin. Y...

–¡Ahí va! ¡Ahí va!

Es la primera mariposa. No es blanca, ni azul, ni amarilla. Es orinegra, negra casi. Más que la primavera que

llega parece el invierno que huye. Sí, no sé qué duelo queda en la estela de sus almas con sol.

Y vuela entre los árboles aún secos, y se posa un punto en una negra espina encendida. Se deja un momento de mirar, y ya no está...

Chiquita como era, pudo compararse, un momento, a todo el día. Como tu amor, Zenobia, mujer, su amor llenó un instante el mundo. ¡Ay! ¿Dónde está? ¡Ay! ¿Dónde está? ¡Ay! ¿Dónde está?

Zenobia ayudó a Juan Ramón Jiménez a penetrar en la literatura anglosajona y, en especial, en los poetas metafísicos ingleses. Le propuso traducir *La luna nueva* de Rabindranath Tagore y, a partir de entonces, vertieron al español otras obras del escritor hindú, versiones que han pasado a ser indispensables y de referencia. En unas cuartillas del autor se halla el itinerario por Madrid que pretendía ofrecer a Tagore cuando visitara la capital española en un viaje proyectado para 1921, fallido finalmente. Esto es lo que Juan Ramón quería enseñarle de la ciudad:

Paseo por Madrid: Ritz, Prado, Alcalá, Retiro (un rato a pie), Alfonso XII, Velázquez, Hipódromo, Castellana, Alcalá, Arenal, Oriente, Ferraz, Rosales, Bulevar

Tras vivir en las calles Mayor, Príncipe de Vergara, General Oraá, Gravina y Villanueva, a finales de julio la pareja encuentra una vivienda a su gusto en Conde de Aranda, 16 –donde el escritor había convivido con el doctor Simarro– y, mientras la amueblan, residen, como señalábamos, en la Residencia de Estudiantes. Frente a la intensa actividad social e intelectual que tuvo durante su estancia en el «hogar de la inteligencia», en esta etapa Juan Ramón se centra en su actividad literaria, rehuyendo compromisos sociales. Zenobia se acopla con esmero a la situación favoreciendo su aislamiento y silen-

cio, y reparando en detalles como el hecho de andar de puntillas por la casa.

A partir de 1920 comienza para la pareja un periodo de mudanzas buscando silencio y tranquilidad. Se trasladan a vivir a la calle Lista, 8, donde tenían un piano que se conserva actualmente en el Museo Romántico de Madrid. En un texto escribe sobre un paseo por Madrid cuando vivía en esta zona:

> Estos buenos arquitectos de Madrid no han visto nunca en el sueño de su alma un palacio o una catedral, allá en

Rabindranath Tagore

el fondo azul y plata, bajo la luna. Hoy quise pasear mi tristeza, en la paz del crepúsculo, y he sentido brotar una rama de indignación en mi alma. Ved que el cielo era pálido y dulce y que había una luna sarracena, una luna de seda, una luna de gasa y de sueño, sobre una torre; y la torre era de galletas de vainilla. Estas torres de galletas de vainilla van gustando mucho a la jente y en Madrid haya ya varias, con su reló y su veleta. E iba yo pensando en no sé qué corazón atormentado y solitario como el mío, pero más feliz, cuando sonó cerca de mi oído una voz antipática y de muchos años, una voz asmática, una voz gastada: «Esto parece un cementerio con sus panteones de familia...». Me acordé de la vida; y vi con profunda extrañeza que no estaba yo en una calle de ensueño, sino en la calle de Lista, al lado de una estatua del buen señor de Salamanca. Estos

Espectadores en el Hipódromo

Postal antigua de la fuente de La Cibeles y la calle de Alcalá

panteones –pensé yo– de los de la Candelaria de Yarabayo, etc., estarán bien allá a la noche, en este silencio, bajo la luna blanca y triste de primavera. Y esperé a la noche. Pero hubo en otro panteón una fiesta con farolillos a la veneciana y pañolones de Manila, y la luna blanca y triste de primavera no pudo poner su musgo blanco sobre el silencio de las tumba.

El pintor Vázquez Díaz hace otro retrato de Juan Ramón. En 1922 publica la *Segunda antolojía poética,* obra emblemática por entonces de la poesía española. En 1926 colabora en *Residencia,* revista de la Residencia de Estudiantes que incluía una sección informativa y poética titulada «Guía de Madrid» que se ha relacionado con el proyecto de libro sobre Madrid de Juan Ramón.

Por culpa de una pianola que su casero instaló bajo la habitación del escritor que dio lugar incluso a una demanda ju-

Fachada del nº 38 de la calle Padilla de Madrid, donde vivieron Juan Ramón y Zenobia desde junio de 1929 hasta agosto de 1936, en un principio en el entresuelo, y luego en el primero izquierda

dicial en 1929, el matrimonio se muda a la calle Velázquez, 96, a la que llamó en sus notas «la casa del corazón»:

> Hoy vivo –Velázquez, 96, casa alta– en lo que entonces era campo verde pasado de soles ponientes, con vacas en paz y Guadarrama azul y nieve.

En mayo de 1930 se instalan en una nueva casa de Padilla, 38, más alegre y ventilada que el entresuelo de Velázquez, situada frente al Sanatorio del Rosario, zona poblada de árboles que le gustaba admirar. Rafael Alberti recuerda la elegancia y la sencillez con que decoraron su casa y lo apartada que estaba la estancia donde Juan Ramón creaba. Le molestaban todas las visitas en ella, a veces incluso las de su mujer:

> ¡Instantes contagiosos, en que nosotros mismos somos visita nuestra; en que nuestra propia visita nos importuna, nos altera, nos quita el tiempo y la libertad! ¡Visitas!
>
> ¡Visitas! Momentos en que sabemos bien que nuestra alma y nuestro cuerpo son dos.

El aislamiento del poeta se vuelve casi legendario. En 1931 Vázquez Díaz le hace el tercer retrato y, en 1932, el cuarto, aunque el poeta reconoce que no le gustaban las fotos ni posar para pintores.

Juan Ramón siempre viste camisa con chaleco, cuello y corbata, y rehusaba usar gafas.

Juan Ramón vivía de su literatura. Sus colaboraciones en revistas y periódicos le suponían nuevos ingresos y obtenía 500 pesetas mensuales de la editorial Calleja, el doble de lo que ganó en la Residencia donde, por otra parte, le pagaban el hospedaje. Zenobia abrió una tienda de «arte popular español» situada en el número 10 de la calle Santa Catalina, entre la Carrera de San Jerónimo y la Calle del Prado. Se inauguró en 1928 y era un local dedicado al comercio de artesanía española que se convirtió, también, en sede de tertulias y exposiciones, según consta en las invitaciones que se guardan en la Sala de Puerto Rico junto con fotos de la tienda y tarjetas de publicidad que anuncian deshilados y bordados, muebles, vidrio, cerámica, cobres, forja, cuero repujado, cestería y tejidos. En verano de 1933 la tienda se traslada junto

Autógrafo de Juan Ramón,
en un retrato realizado por Juan Bonafé

Tienda de Zenobia en Madrid, hacia 1930

a la calle Floridablanca, 3. Zenobia le dio trabajo a su sobrina, a su prima María Rosario y a muchachas madrileñas como la nieta de Maura, Constancia de la Mora aunque, realmente, el negocio no producía grandes beneficios. El mayor encargo que tuvieron, por mediación de Federico de Onís, fue decorar la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia en 1933. Juan Ramón colabora de vez en cuando en la tienda, solía ir los sábados a darles consejos para cambiar el escaparate, donde combinaba sabiamente los colores. El poeta le regaló a Guerrero Ruiz en la festividad de Año Nuevo de 1931 un tapete con bordado de Lagartera cuyo dibujo había hecho él mismo. Pero el poeta no hizo de lo mercantil la preocupación central de su vida. De hecho, en su vejez se quejaba, pero sin exagerar, de los beneficios que le reportaba a los editores *Platero y yo,* de los que a él sólo le alcanzaba una parte exigua.

6
PASEOS POR MADRID

Guerrero Ruiz recuerda los paseos que daba a diario por la capital con la pareja:

> A las seis y cuarto, [Zenobia y Juan Ramón] vienen a recogernos a casa en su coche y vamos con ellos mis tres hijas y yo. Juan Ramón dice que esta tarde vamos a ir a otro sitio distinto, y que cada semana saldremos un día para ir conociendo todos los alrededores de Madrid donde haya lugares bonitos. Saldremos por la carretera del Pardo, que a Juan Ramón le encanta por el fresco tan rico que hay al cruzar las frondas de la Moncloa y Puerta de Hierro, pasamos el Puente de los Franceses y, después de la cuesta de las Perdices, cogemos el camino de Aravaca, lleno de hotelitos y arbolado, siendo muy agradable lugar de paseo. Seguimos por Pozuelo y Húmera para entrar en Madrid por la carretera de Extremadura a la cuesta de la Vega, calle Mayor, Sol, etc.

A Juan Ramón le gustaba explorar nuevos terrenos; así otro día pasan por la nueva carretera de Castilla recién inaugurada:

> A las once en punto aparece gustoso por la calle Mariana Pineda, en mi busca. Subo al coche con ellos, y por Rosales salimos a la carretera de El Pardo, donde gozamos de una deliciosa frescura bajo los grandes árboles. Seguimos el Puente de los Franceses y, pasada la Cuesta de

Vista del río Manzanares a su paso por El Pardo

las Perdices, a la izquierda, sigue Zenobia la nueva carretera de Castilla inaugurada anteayer, a cuyo principio está la «Fuente del Rey». El paisaje de la Casa de Campo, a la izquierda, es una suave ladera con grandes pinos, que gusta mucho a Juan Ramón (...). Al regreso hemos entrado en el Retiro, dando una vuelta hasta la puerta que sale a Atocha (...), y subimos por la calle de Alcalá (...).

Juan Ramón critica las nuevas colonias, con chalés que tienen unas ventanas muy estrechas que no dejan pasar la luz y

Niños trillando en las eras de El Pardo

los jardines, que son ridículamente pequeños situados «sólo al frente, para presumir en la fachada».

Sigue el coche hacia la prolongación de la calle de Serrano, donde algo más allá de la Escuela Plurilingüe se está edificando otra colonia al estilo Le Corbussier con manzanas aisladas, de varias viviendas cada una, pintadas de colores uniformes variados: rosa, amarillo, azul (...). Juan Ramón dice sonriendo que aquí van a residir las dos cabezas con peinados más ilustres de España: Ortega y Ballesteros.

En su coche [Zenobia] nos lleva a lleva a dar un hermoso paseo por la Ciudad Universitaria, de la carretera de La Coruña a la de Castilla, para salir por la Casa de Campo (...) y los altos de Serrano para ver las nuevas colonias de El Viso, la Residencia, etc. (...). Nos lleva al Lyceum a tomar el té.

Puente de los Franceses

Pasean a pie por el Retiro, Recoletos, La Castellana, Serrano, Velázquez... desde donde veían la Sierra de Guadarrama «recortada contra el horizonte»:

> Entramos al Retiro (...), salimos frente al Botánico, pasamos todo el Prado, Recoletos, La Castellana, subiendo más allá del Hipódromo a la parte alta de la calle de Serrano, desde donde Juan Ramón quiere que veamos la sierra (...). Hay en el campo unos borreguitos blancos que Juan Ramón enseña a José Luis (hijo de Juan Guerrero), pero el niño al principio no lo ve, hasta que una sonrisa denota en su rostro que los ha visto.
>
> ¡Qué bella cruz madrileña! Las dos arboledas de Recoletos, marrones y plata se van a un fin rosa. Aquí, sobre el fondo de los trajes de la Cibeles, chorros azules de aguas cuyos surtidores aún tienen flecos colgantes de hielo que los chiquillos apedrean.

Chalecitos de El Viso anteriores a 1936, en la actualidad

Hacia abajo, sobre la masa deshojada del Prado, en el cielo de un rosa más verde, la media luna suave, campanilla limón con una estrella dentro de su curva, vijila ya el Madrid bajo de este plano feliz.

Monumento a Cuba en el Parque del Retiro

A la derecha, la Puerta de Alcalá, exaltada por la cuesta arriba, dejando ver por sus arcos la fronda del Retiro, vagamente malva, contra el ocaso el granito perdurable, y coronada de cúmulos de nácar.

Y la calle de Alcalá a la izquierda, hacia el ocaso oro ya con sus primeras luces verdes, blancas, rojas, violetas, casi sin amarillo los tranvías, con tal fuerza de majestad y alegría que las mismas siluetas reales las hacen ideales.

Cuando hace mal tiempo no se quedan en casa, pasean en coche. Guerrero Ruiz comenta que en ocasiones se detienen a echarles de comer a los pájaros del Retiro. Juan Ramón pinta de colores los escenarios que conoce en textos como este:

> ¡Madrid del Botánico y de Kutz, de la *Revista de Occidente* y el «Museo de las Familias», superpuesto, salteado, barajado Madrid de alegre azul presente y triste luz pasada sepia; aire oro limpio respirable, nocivo paño de luto! (Paseo. Al fondo de las fachadas pares, Equitativa, Hotel de París, corridas de luz ladrillo, la torre mirador de Teléfonos, ascua mate; luego, fin de la calle del Arenal inflamada de ocaso, el Teatro Real; después, la Plaza de Oriente, el oeste cobre, con Extremadura, Portugal, el Atlántico...) (...) hasta la Puerta del Sol, por la acera con poniente ocre de la calle de Alcalá, del Arenal, hasta el Teatro (...).

Foto actual del Jardín de las Adelfas, plantado por Juan Ramón, en la Residencia de Estudiantes, recientemente restaurado

EPÍLOGO

Juan Ramón y su esposa, Zenobia Camprubí, abandonan España, libre el poeta de todo compromiso militar, en agosto de 1936 con un pasaporte diplomático de Agregado Cultural Honorario de la embajada de España en Washington. Atrás quedaba un país sumido en la tragedia de la Guerra Civil, y quedaba también su tarea humanitaria con niños huérfanos y sin hogar, a los que protegieron mientras tuvieron fondos para hacerlo. Colaboró el poeta con Zenobia en la Junta de Protección de Menores, aco-

Pasaporte de Juan Ramón y Zenobia, sellado en Madrid el 18 de agosto de 1936

Juan Ramón durante su visita a una escuela en Argentina, en agosto de 1948

giendo a doce niños huérfanos, que se habían quedado sin hogar a principios de la Guerra Civil en los pisos que ella realquilaba a extranjeros y diplomáticos en la calle Velázquez, 65, aunque tuvieron que desistir del empeño por agotárseles los recursos.

Comenzaba así un destierro de veinte años en el que fue más poeta que nunca y más alto poeta que nunca. Publica algunos de sus grandes libros. *Platero y yo* alcanza ediciones millonarias, aunque el poeta vive de sus emolumentos como profesor en la Universidad de Río Piedra, en Puerto Rico, el territorio más «español» de América Latina. En 1956 gana el premio Nobel; Zenobia muere poco después de la concesión. Inerme y desamparado sin su presencia, profundamente deprimido, pese al prestigio universal que lo rodea, es internado en estado grave en el Hospital Psiquiátrico de Hato Tejas, y deja de existir el 29 de mayo de 1958 en la isla de Puerto Rico. Terminaba así una de las aventuras poéticas capitales del siglo XX, en la que la ciudad de Madrid cumplió un papel destacado.

Portada del diario ABC del 26 de octubre de 1956 dando la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura

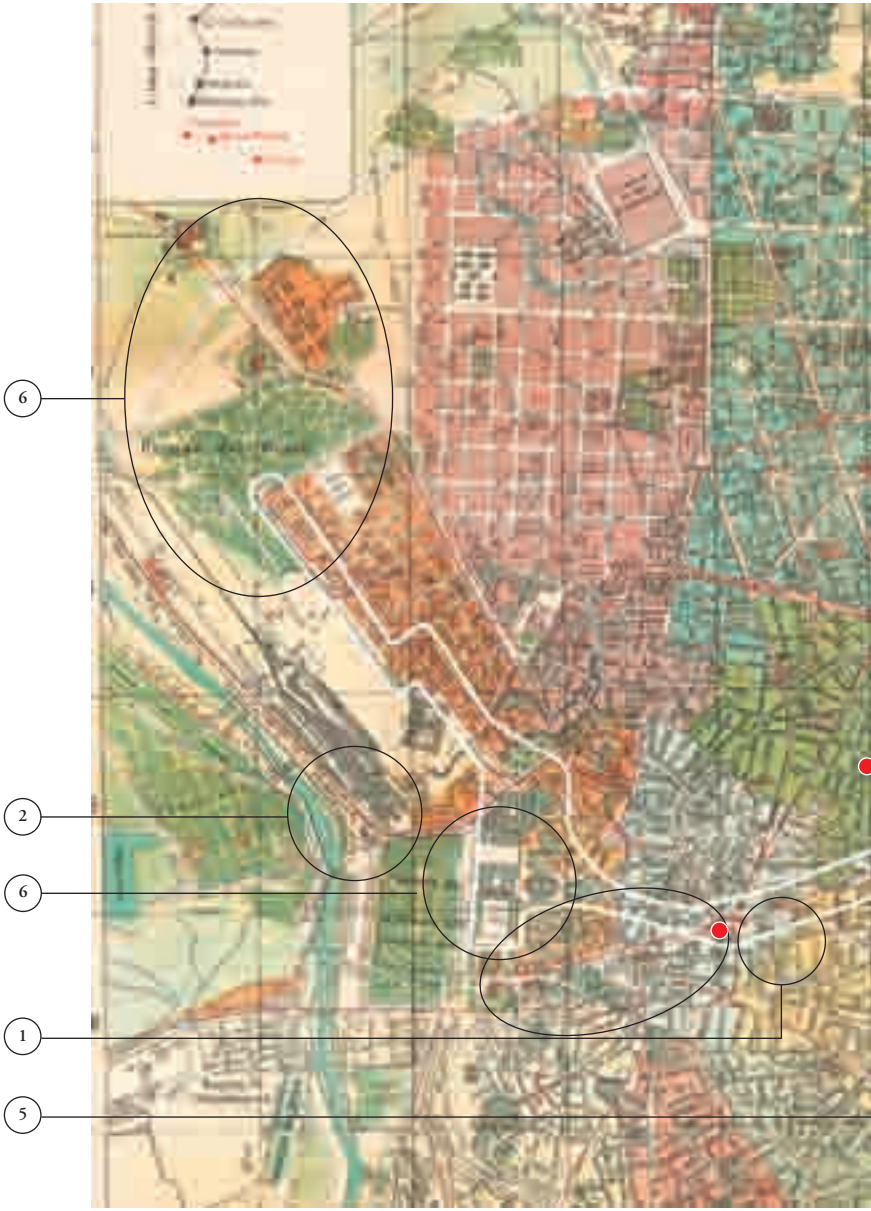
Juan Ramón dedicando un poema

Las impresiones sobre la ciudad en la que Juan Ramón vivió más de treinta años perviven entre nosotros a través de sus testimonios textuales de «ritmo y luz»:

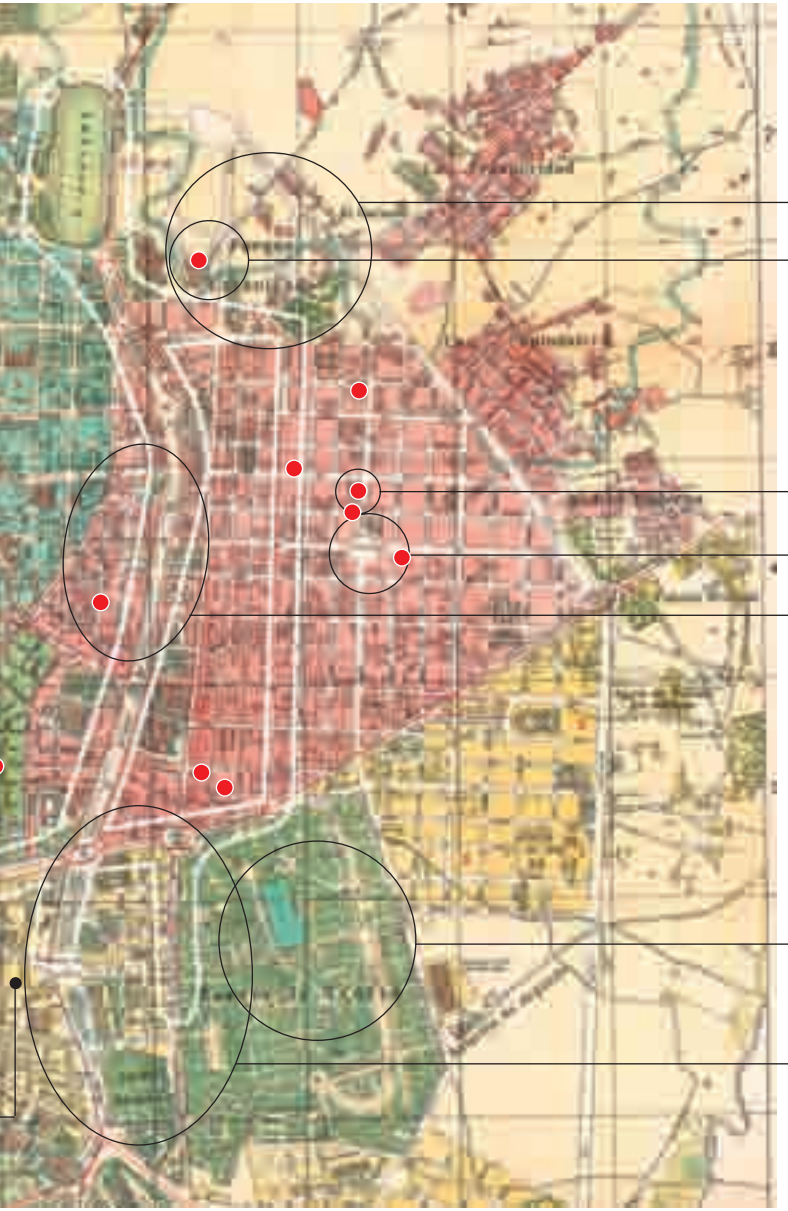
> Yo no quiero recuerdos
> en la tierra.
> Sólo
> presencia,
> con el ritmo y la luz,
> cada tarde,
> de la estrella primera.

APÉNDICES

Plano de Madrid hacia 1926. Los colores corresponden a los distritos municipales



◯–Topografía del Madrid de Juan Ramón Jiménez con las referencias a los capítulos de esta Guía



Itinerario previsto para la visita de Tagore, 1918 (p. 103)

Domicilios de Juan Ramón

Mapa de la Comunidad de Madrid en la actualidad, escala 1:500.000, con referencias a los capítulos de esta Guía.

◯– **Detalle de la Comunidad de Madrid, con las referencias a los capítulos de esta Guía.**

Federico García Lorca, Zenobia Camprubí, Isabel García Lorca, Emilia Llanos, Juan Ramón Jiménez y Concha García Lorca en el paseo de los Cipreses del Generalife

NADIE más. Abierto todo.
Pero ya nadie faltaba.
No eran mujeres, ni niños,
no eran hombres, eran lágrimas
(¿quién se podía llevar
la inmensidad de sus lágrimas?)
que temblaban, que corrían,
arrojándose en el agua.

…Hablan las aguas y lloran,
bajo las adelfas blancas;
bajo las adelfas rosas,
lloran las aguas y cantan,
por el arrayán en flor,
sobre las aguas opacas.

GENERALIFE
(Isabel García Lorca,
hadilla del Generalife)

CUESTIONES DIDÁCTICAS

1. Juan Ramón y la Institución Libre de Enseñanza. ¿Tiene algo que ver esta vinculación con su rechazo de la bohemia literaria?

2. Hágase una relación de los personajes que Juan Ramón menciona en el texto; señálense sus características.

3. Juan Ramón llama a los pararrayos y a las chimeneas, muy abundantes en la ciudad ya entonces, «el jardín alto de Madrid». Explicar la imagen.

4. Relacionar las descripciones juanramonianas del Guadarrama con algunos cuadros de Velázquez; por ejemplo, los retratos ecuestres de reyes y príncipes.

5. ¿Por qué Juan Ramón propone dejar de Madrid «sólo» el Botánico, el Museo del Prado, el Palacio de Villahermosa, la Academia de San Fernando, la Puerta de Alcalá, la Puerta de Toledo, la fuente de Neptuno y otros edificios semejantes?

6. ¿De dónde deriva el encanto del retrato juanramoniano de Rubén Darío que se recoge en la página 65?:

7. ¿Cómo se puede calificar la actitud de Juan Ramón ante la naturaleza? De entre estos adjetivos que proponemos, elíjase el que mejor parezca y justifíquese su elección: *franciscana, panteísta, mística, poética*.

8. Anotar la impresión personal que producen las páginas reproducidas de Juan Ramón.

9. Buscar títulos de obras de otros escritores mencionados en el texto (Rubén Darío, Unamuno, Valle-Inclán, Benavente, Pío Baroja, Azorín, Antonio Machado, Federico García Lorca...)

Tranvía de El Pardo

10. ¿Es autobiográfica la literatura de Juan Ramón? Razónese.

11. Leáse el romance *Generalife,* de Juan Ramón, tomando como referencia la visita de éste y Federico García Lorca a los jardines del palacio nazarí que recoge la foto de la página anterior.

RUTAS DEL MADRID DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

1. Visitar la Residencia de Estudiantes, antigua Colina de los Chopos, en la calle del Pinar, 17.

2. Visitar el Retiro y detenerse en alguna de las variedades florales que gustaban especialmente a Juan Ramón Jiménez: heliotropos, azahar, amapola, rosas –de diversas clases–, nenúfares, violetas, lirios, orquídeas, geranios, azucenas, claveles, clavelinas, margaritas, malvas.

3. Visitar algunas de las casas donde vivió Juan Ramón Jiménez: Mayor, 16; Gravina, 11; Villanueva, 3; Conde de Aranda, 16; Lista, 8; Velázquez, 96 y Padilla, 38, que aparecen señaladas en el plano de las páginas 126-127.

4. Visitar los edificios de granito, en ladrillo color rojo, de Madrid (Casa de las Flores, Dispensario Central de la Cruz Roja, Palacio de la Prensa, Real Cinema, Plaza de Isabel II, Casa Encendida).

5. Atardeceres en La Moncloa.

6. Recorrer el Salón del Prado, las fuentes de Cibeles, Neptuno, Atocha.

7. Detenerse en alguno de los chopos del Parque del Retiro.

8. Visitar las frondas de la Moncloa y vistas al Guadarrama.

9. Visitar Puerta de Hierro, Puente de los Franceses, cuesta de la Perdiz.

10. Rehacer el paseo previsto por Juan Ramón Jiménez para Rabrindanath Tagore: Hotel "Ritz", Paseo del Prado, calle Alcalá, Parque del Retiro, calle Alfonso XII, calle Velázquez, Hipódromo, Paseo de la Castellana, Calle Arenal, Palacio de Oriente. Se recoge en el plano de las páginas 126-127.

11. Excursión a El Pardo, con visita al Palacio, jardines y ribera del río Manzanares.

Sobre Madrid

Jiménez, Juan Ramón, *Libros de Madrid,* ed. de J. L. Bretones. Hijos de Muley Rubio, Madrid, 2002.

General

Alarcón Sierra, Rafael, *Juan Ramón Jiménez. Pasión perfecta,* Espasa-Calpe, Madrid, 2003.

Gullón, Ricardo, *Conversaciones con JRJ.* Taurus, Madrid, 1958.

Guerrero Ruiz, Juan, *Juan Ramón Jiménez de viva voz.* Pre-Textos, Valencia, 2002 (nueva edición).

ÍNDICE DE NOMBRES

Achúcarro, Nicolás, 59, 60, 61, 63, 98
Adelfas, Jardín de las, 91, 117
Alcalá, calle de, 19, 33, 102, 105, 112, 116, 117
Amalia, Sor, 54, 55, 56
América, 14, 90
Aranjuez, 96
Argentina, la, 14, 120
Arizpe, pensión, 87, 97
Azorín, 17, 33 30, 96, 94
Ballesteros, 113
Barcelona, 18
Baroja, Pío 17, 33, 120
Baroja, Ricardo, 33
Bartolomé Cossío, Manuel, 26, 59, 61, 62, 66, 88, 98
Bécquer, Gustavo Adolfo, 25, 31
Benavente, Jacinto, 28, 33, 27, 53
Bohemia, 23, 34, 47
Bonafé, Juan, 108
Buen Retiro, Jardines del, 17, 19, 14, 35, 37, 42, 67, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 79, 86, 102, 112, 114, 116, 117,
Byne, 87, 95
Calleja, Rafael, 96
Calleja, Saturnino, 96
Campoamor, Ramón de, 54
Camprubí, Zenobia, 28, 96, 97, 100, 119, 128
Canalillo, 71, 82, 90
Candelaria de Yarabayo, 105
Cansinos-Assens, Rafael, 53
Carducci, 59
Casa de Campo, 19,112, 113
Castellana, Paseo de la, 19, 43 45, 89, 91, 97, 98, 102, 114

Castilla, Carretera de, 19, 111, 112, 113,
Celada, Lorenzo N, 48.
Cercedilla, *70*
Ciudad Universitaria,19, 113
Colón, Plaza de, 62
Conde de Aranda, calle del, 18, 28, *58*, 102
Cuba, 14, 116
Chopos, Colina de los, 19, 18, 85, 91, 92, 96
Darío, Rubén, *17*, *27*, 28, 31, 33, *47*, 65, 69
Díaz, Carmen, 29, 31
El Escorial, 96
El Pardo, 19, 36, *37*, 38, 39, *71*, 111, 112, 113, 130, 131
Espronceda, José de, 33
Estación del, Norte, *47*, 38, 44, 46
Florida, la, 14
Floridablanca, calle de, 109
Fortuny, calle de, 28, 40, 89
Franceses, Puente de los, 19, 111, 114
García Lorca, Isabel, 128
Gato Negro, El, 33
General Oraá, calle del, 18, *58*, 61, *54*, 102
Generalife, 128
Giner de los Ríos, Francisco, 19, *26*, *52*, *59*, 61, *67*, 88
Goya, calle de, 19, 61
Granito, 36, *37*, 44, *77*, 116
Gravina, calle, 18, 28, 85, 102
Guerrero Ruiz, 19, *51*, *54*, 89, 109, 111, *117*
Guindalera, La, 40, *55*, *56*, *57*, *78*
Helios, 53, *57*
Hipódromo, 28, 43, *71*, 91, 92, 102, 104, 114, 131
Hotel, Inglés, *65*, 66
Jardines,13, 15, 19, *35*, *50*, *57*, 89, 91, 113, 130, 131
Jiménez Fraud, Alberto, 88, 90, 95
Kant, *59*
La Touche, Gaston, *37*
Ladrillo rojo, 36, *37*
Librerías, 18, 62
*Libros de Madrid,*15, 21, 22, 23, 28, *51*, *55*, 61, 64, 69, 95, 100

Lion d´Or, 33
Lista, calle de, 18, 28, 29, 63, 83, 103, 104
López, Susana, 54
Llanos, Emilia, 128
Machado, Antonio, 57, 58, 91
Machado, hermanos, 17 53, 57
Madinaveitia, Juan, 61
Madrid,13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 28, 31, 33, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 47, 48, 49, 51, 55, 57, 61, 62, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 75, 79, 95, 96, 100, 102, 103, 104, 105, 106, 109 111, 115, 117, 119, 120, 125, 126
Manzanares el Real, 71
Mariana Pineda, calle de, 111
Martínez Campos, general,35
Martínez Sierra, Gregorio, 33
Martínez Sierra, María, 33
Mayor, calle, 18, 28, 102, 111
Miró, Gabriel, 17
Modernismo17, 27, 53, 66
Moguer, 13, 14, 19, 31, 47, 72, 85, 100
Nietzsche, 59
Nueva York, 14, 100
Ortega y Gasset, José, 17, 88, 89, 91 94, 96, 100, 113
Padilla, calle, 19, 28, 64, 106, 107
Palau de Nemes, Graciela, 63
Pararrayos, 41
Parnasillo, El, 33
Parque del Retiro, 72, 74, 116, 131,
Pidoux, 33
Platero y yo, 17, 95, 96, 109, 120
Prado, Museo del, 36
Policlínica, Madrileña, 87
Prado, obelisco del, 38, 44, 65
Prado, Paseo del 19, 62
Príncipe de Vergara, calle, 18, 19, 49, 51, 102
Príncipe, calle del, 33
Puerto Rico,14, 107, 120

Puerto Rico, San Juan de, 13
Recoletos, 19, 62, 114
Recoletos, Paseo de, 41
Reina, Manuel, *53*
Residencia de Estudiantes, 18, 19, 21, 85, *87*, 88, 89, 90, 94, 98, 102, 105, *117*
Romántico de Madrid, Museo, 103
Rosaleda del Parque del Retiro, *76*
Rosario, Sanatorio del, 19, 49, *50*, 51, 58, 66, 98, *107*
Rubio, Ricardo, 26
Rueda, Salvador, *17*, 26, *53*
Sala, *59*
Salas, Emilio, 62
Salamanca, 104
San Rafael, 68
Sandoval, 19, *67*
Santa Catalina, calle de, *107*
Santa María, Puerto de,14, *51*
Serrano, calle de, 19, 113, 114
Sevilla, 14, *25*, 26, *72*
Sierra de, Guadarrama, 19, 38, *50*, *67*, 68, 69, *70*, *71*, 100, 106, 114
Simarro, Luis, doctor, 19, 49, *58*, *59*, 60, 61, 62, 63, 64, 66, *67*, 88, 102
Sonata de Otoño, 53
Sorolla, Joaquín, *59*, 60, 62, 68
Spinoza, *59*
Unamuno, Miguel de, *17*, 91, 129
Valle-Inclán, Ramón del, *17*, 28, 33, *53*, 129
Vázquez Díaz, Daniel, 22, 105, *107*
Velázquez, calle de, 19, 28, 82, 102, *107*, 108, 114, 120
Villaespesa, Francisco, *17*, 19, 26, *27*, 31, 33, 35, *47*, *53*
Villanueva, calle, 18, 28, *87*, 102
Viso, El, 19, 113, 115
Voltaire, *59*
Washington, 14, 119
Wundt, *59*

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CUBIERTA: *Calle Mayor de Madrid*, 1904. Óleo sobre lienzo adherido a táblex, por Néstor Martín-Fernández de la Torre (1887-1938). Museo Néstor. Las Palmas de Gran Canaria.

INTERIOR:

Retrato de Juan Ramón Jiménez, 1913. Reproducción de la pintura de Daniel Vázquez Díaz (1882-1969). Colección Herederos de J.R.J. 4
Jardines de la Residencia de Estudiantes. Colección Herederos de J.R.J. 13
Juan Ramón en el parque madrileño del Retiro, 1934. Fotografía de Juan Guerrero Ruiz (1893-1955). Colección Herederos de J.R.J. 14
Primer número de la revista *Ley (Entregas de Capricho)*, 1927, editada por Juan Ramón en Madrid. Archivo Residencia de Estudiantes. Madrid 16
Cubierta de la primera edición completa de *Platero y yo* (Madrid, Calleja 1917). Archivo Residencia de Estudiantes. Madrid.....17
Postal de la Residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos. Colección Herederos J.R.J. 18
Retrato de Juan Ramón, 1900. Colección Herederos de J.R.J. ...20
Caricatura de Juan Ramón, por Daniel Vázquez Díaz (1882-1969) y autógrafo de la portada de la obra *Libros de Madrid*. Colección Herederos de J.R.J. 22
Juan Ramón hacia 1900. Colección Herederos J.R.J. 25
Ricardo Rubio (1856-1935), Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935). Colección Documadrid 26
Jacinto Benavente (1866-1954). Colección Documadrid 27

Fachada de la casa del número 16 de la calle Conde de Aranda en la que Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez vivieron desde julio de 1916 hasta agosto de 1921. Colección Herederos de J.R.J. 28
Calle Lista, 8. Colección Documadrid 29
José Martínez Ruiz (1873-1967), alias Azorín. Colección Documadrid 30
Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936) ante la librería Pueyo. Colección Documadrid 32
El Retiro en otoño, con el monumento al general Martínez Campos al fondo. Dibujo de Antonio Casero (1874-1936). Archivo ABC 35
Palacio de El Pardo. Colección Documadrid 36
Vista de la Estación del Norte en la época. Colección Documadrid 38
El Pardo. Colección Documadrid 39
Casa en La Guindalera. Colección Documadrid 40
Madrid. Paseo de Recoletos. Colección Herederos de J.R.J. 41
Finales del otoño en el Retiro. Archivo ABC 42
Damas con sombrilla en el Hipódromo. Colección Documadrid 43
Explanada de la Estación del Norte. Colección Documadrid 44
Estación del Norte. Detalle del *Plano Nuevo de Madrid*, escala 1:14.000, incluido en el *Noticiero-Guía de Madrid. Año 1926*. Madrid, 1926 46
Bodegón, 1897 (óleo sobre lienzo, dedicado a su padre por Juan Ramón). Colección Herederos de J.R.J. 47
Los jardines del Sanatorio del Rosario en la actualidad. Colección Documadrid 50
Fachada del Sanatorio del Rosario. Colección particular 51
Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). Colección Documadrid 52
Salvador Rueda (1857-1933). Colección Documadrid 53
Retrato de Juan Ramón Jiménez, hacia 1927. Colección Herederos de J.R.J. 54
El jardín del Sanatorio del Rosario. Madrid Colección particular 55

Fiesta de gigantes y cabezudos en La Guindalera. Colección Documadrid 56
La Guindalera en la actualidad. Colección Documadrid 57
Antonio Machado (1875-1939). Colección Documadrid 58
Manuel Machado (1874-1947). Colección Documadrid 59
Joaquín Sorolla (1863-1923). Colección Documadrid 60
Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935). Colección Documadrid 62
Inauguración de la placa conmemorativa dedicada al Dr. Achúcarro en la calle Lista. Colección Documadrid 63
Placa conmemorativa de Juan Ramón en la calle Padilla, 38. Colección Documadrid.....64
Publicidad del Hotel Inglés. Colección Documadrid 65
Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935). Colección Documadrid 66
Joaquín Sorolla (1863-1923) pintando un retrato de Alfonso XIII. Colección Documadrid 68
Félix Rubén García Sarmiento –Rubén Darío– (1867-1916). Archivo ABC. 69
Sierra de Guadarrama. Cercedilla. Colección Documadrid 70
Sierra de Guadarrama. Manzanares el Real. Colección Documadrid.....71
El Retiro en otoño. Archivo ABC 73
Parque del Retiro. Detalle del *Plano Nuevo de Madrid*, incluido en el *Noticiero-Guía de Madrid. Año 1926*. Madrid, 1926 74
La rosaleda del Parque del Retiro en la actualidad. Colección Documadrid 76
Soldados de la época. Colección Documadrid 77
Plano de la Guindalera y otros barrios. Detalle del *Plano Nuevo de Madrid*, incluido en el *Noticiero-Guía de Madrid. Año 1926*. Madrid, 1926 78
Ancianas de barrios marginales. Colección Documadrid 80
La casa de la calle Velázquez, 96. Colección Herederos de J.R.J. 82
Foto antigua de la casa de la calle Lista, 8. Colección Herederos J.R.J. 85

Juan Ramón con una niña en la Residencia de Estudiantes, hacia 1924. Colección Herederos de J.R.J. 85
Juan Ramón Jiménez y Alberto Jimenéz Fraud (1883-1964) en la azotea de uno de los pabellones gemelos de la Residencia de Estudiantes, hacia 1925. Colección Herederos J.R.J. 86
Vista exterior de la Residencia de Estudiantes. Colección Documadrid 88
Residencia de Estudiantes Madrid, Pinar 17. Entrada por el Canalillo (fotografía años 30). Colección Herederos J.R.J. 90
La Residencia en la actualidad, con el Canalillo en primer término 91
El Hipódromo y la Colina de los Chopos. Detalle del *Plano Nuevo de Madrid*, escala 1:14.000, incluido en el *Noticiero-Guía de Madrid. Año 1926.* Madrid, 1926.....92
El Cerro del Viento. Colección Herederos de J.R.J.....93
Juan Ramón es el primero por la derecha de la primera fila, y a su lado están sentados José Ortega y Gasset y Azorín. Entre los retratados figuran, además, de pie, en la segunda fila, Manuel García Morente (primero por la izquierda), Pedro Salinas (cuarto por la izquierda), Ramón Gómez de la Serna (octavo por la izquierda) y Alfonso Reyes (tercero por la derecha). Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid. 94
Cubierta de la primera edición de *Platero y yo* (Madrid, La Lectura, 1914). Archivo Residencia de Estudiantes 95
Zenobia Camprubí, Boston, marzo de 1916. Colección Herederos de J.R.J. 97
Zenobia y Juan Ramón el día de su boda, el 2 de marzo de 1916. Colección Herederos de J.R.J. 98
Zenobia, con flor. Colección Herederos de J.R.J. 99
Zenobia y Juan Ramón, hacia 1918. Colección Herederos de J.R.J. 101

Rabindranath Tagore. (1861-1941). Colección Herederos de J.R.J. 103
Espectadores en el hipódromo. Colección Documadrid 104
Madrid. La Cibeles y calle de Alcalá. Colección de Herederos de J.R.J. 105
Fachada del nº 38 de la calle Padilla de Madrid, donde vivieron Juan Ramón y Zenobia desde junio de 1929 hasta agosto de 1936. Colección Herederos de J.R.J.....106
Autógrafo de Juan Ramón (1927) realizado por Juan Bonafé, suplemento incluido en la edición privada de *Obra en marcha*, editada por el poeta, Madrid, 1928. El óleo original se encuentra en la Fundación Juan Ramón Jiménez de Moguer. Archivo Residencia de Estudiantes. 108
Tienda de Zenobia en Madrid, hacia 1930. Colección Herederos de J.R.J. 109
Vista del río Manzanares a su paso por El Pardo. Colección Documadrid 112
Niños trillando en las eras de El Pardo. Colección Documadrid 113
Puente de los Franceses. Colección Documadrid 114
Chalecitos de El Viso anteriores a 1936, en la actualidad. Colección Documadrid 115
Monumento a Cuba en el Parque del Retiro. Colección Documadrid 116
Foto actual del Jardín de las Adelfas, plantado por Juan Ramón, en la Residencia de Estudiantes, recientemente restaurado. Archivo Residencia de Estudiantes 117
Pasaporte de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, sellado en Madrid el 18 de agosto de 1936. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico 119
Juan Ramón Jiménez durante su visita a una escuela en Argentina, en agosto de 1948.....120
Portada del diario ABC del 26 de octubre de 1956 dando la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura. Archivo ABC 121

Juan Ramón dedicando un poema. Colección Herederos de J.R.J. 122
Plano nuevo de Madrid hacia 1926. Los colores corresponden a los distritos municipales. *Noticiero-Guía de Madrid. Año 1926*. Madrid, 1926. Colección particular 125
Topografía del Madrid de Juan Ramón Jiménez con las referencias a los capítulos de esta Guía. *Ibídem*.....127
Mapa de la Comunidad de Madrid en la actualidad escala 1:500.000, con referencias a los capítulos de esta Guía. Edición de la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid 128
Detalle de la Comunidad de Madrid. *Ibídem* 129
Federico García Lorca, Zenobia Camprubí, Isabel García Lorca, Emilia Llanos, Juan Ramón Jiménez y Concha García Lorca en el paseo de los cipreses del Generalife. Colección de Herederos de J.R.J. 130
Tranvía de El Pardo. Colección Documadrid 132

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

Títulos publicados

Serie Pueblos y Ciudades

1. La cuenca alta del Manzanares y Rascafría
2. De las ciudades del suroeste a las vegas del sur de Guadarrama
5. Arganda, Chinchón y la Vega del Tajuña
6. Tierras de Buitrago
7. Aranjuez y la Vega del Tajo
9. En torno al Alberche
11. El valle del Jarama
13. Tierras de Alcalá
14. Entre el Jarama y el Torote
15. Camino de Andalucía
17. Del valle del Lozoya al embalse del Vellón
18. El puerto de Navacerrada y El Escorial
19. El oeste de Madrid
20. Las grandes ciudades del norte y el camino de la sierra

Serie Guías Culturales

4. El Madrid del 98. Arquitectura para una crisis: 1874-1918
10. El Madrid del 27. Arquitectura y vanguardia: 1918-1936
12. Guía histórica de las bibliotecas de Madrid
16. Guía histórica de la música en Madrid
21. Guía del Madrid galdosiano
23. Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez

Serie Literatura

3. Rey Silvestre Paradox y Paradox
8. Relatos de Madrid (Siglos XVII-XIX)

Próxima aparición

22. Guía del Madrid barojiano
24. Guía del Madrid de Ortega
25. Guía del Madrid de Larra

Biblioteca Madrileña de Bolsillo GUÍAS CULTURALES

Juan Ramón Jiménez (Moguer, 1881-Puerto Rico, 1956), Premio Nobel de Literatura en 1956, «el Andaluz Universal», como él se denominaba, vivió en Madrid durante más de veinte años, y consagró a Madrid y su entorno páginas de deslumbrante belleza y aguda penetración. Esta Guía madrileña analiza y recoge lo más destacado de esas páginas e ilumina una dimensión significativa de la obra juanramoniana, bien secundada por una abundante ilustración (gráfica y documental), además de incluir sugestivas cuestiones didácticas y propuestas de recorridos por Madrid y su Comunidad. Es un muy útil instrumento, un valioso cuaderno de bitácora para el buen lector, el viajero culto y el escolar interesado, que permite conocer mejor la región y la capital, «rompeolas de todas las Españas».

Rocío Fernández Berrocal es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla. Especialista en la obra de Juan Ramón Jiménez, su tesis doctoral, que obtuvo el premio de la Fundación Focus Abengoa a la mejor tesis doctoral de 2006, trata sobre las relaciones biográficas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y Sevilla. Profesora de Educación Secundaria, compagina investigación y docencia. Ha publicado numerosos artículos sobre Juan Ramón; colaboradora en revistas especializadas, ha participado en congresos nacionales e internacionales. Prepara la publicación de la obra *La Andalucía de Juan Ramón Jiménez*.

GUÍA DEL MADRID DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid
La Suma de Todos
www.madrid.org
ISBN 978-84-451-2917-1